

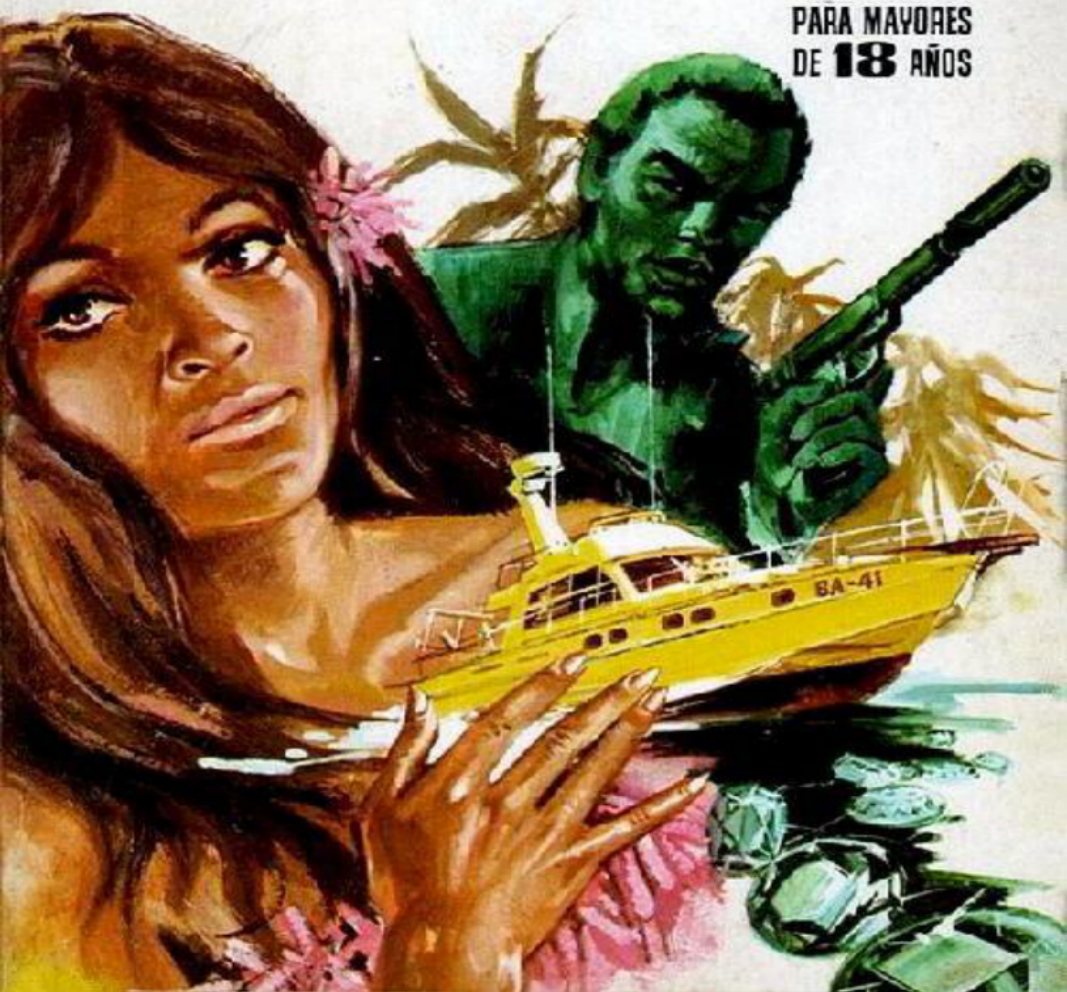
SERVICIO
SECRETO

SS

LOS DIAMANTES DE LA CORONA

Lou Carrigan

PARA MAYORES
DE **18** AÑOS





Lou Carrigan

Los diamantes de la corona

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1547

ePub r1.1

LDS 18.01.19

Título original: *Los diamantes de la corona*

Lou Carrigan, año de 1.^a publicación en idioma original

ePub modelo

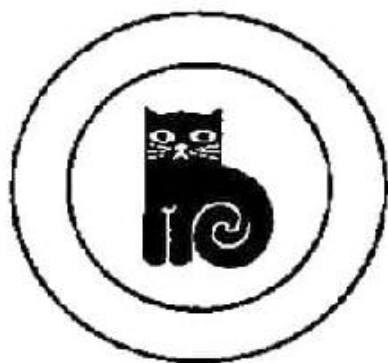
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



DISPAROS EN EL PARQUE

El impacto del balazo en la espalda, hacia el hombro derecho, derribó de bruces a Willy

O'Hara

entre los floridos arbustos, y, durante un par de segundos, estuvo allí tendido, con los ojos muy abiertos, pero perdida por completo la noción del tiempo, del espacio, del lugar.

Fueron dos segundos que lo mismo podrían haber sido dos siglos.

Dos segundos que no existieron, que quedarían para siempre en blanco en la mente de Willy.

De todos modos, no se perdió gran cosa, ni en tiempo ni en acontecimientos. Dos segundos no es nada. Y, en cuanto a los acontecimientos, simplemente continuaban persiguiéndolo...

Y de pronto, recordó esto.

Lanzó una ahogada exclamación, se puso en pie, y salió de entre los arbustos. No sabía de dónde, en la oscuridad de las frondas de Bayfront Park, le llegaron algunas voces de sus «amigos», que le estaban buscando.

Aquí y allá, luces del parque parecían grandes ojos mirando a Willy

O'Hara

mientras éste corría de nuevo en busca de la salvación. A su derecha tenía el mar. A su izquierda, el rumor del tráfico de Biscayne Boulevard.

El balazo le dolía, pero Willy sabía que todavía podría aguantar un buen rato. Era un tipo más bien esmirriado, pero insospechadamente duro. Tenía el pellejo muy muy duro, y una resistencia admirable...

—¡Por allá! —Oyó.

Se estremeció, y aumentó la velocidad de la marcha, tras volver un poco la cabeza. En la noche, las luces de Miami Beach y del parque creaban sombras de todas formas, y en aquel momento a Willy le parecía que todas eran de hombres armados que le acosaban. Corría jadeante, cubierto el rostro de sudor, desencajado el rostro por el

dolor del balazo.

Entonces, Willy volvió a recibir un balazo, ahora en la espalda, que de nuevo lo hizo caer de bruces. Pero Willy tenía el pellejo duro, muy duro...

CAPÍTULO PRIMERO

—Tienes la piel como seda —dijo Charlie Brook, deslizando la mano suavemente sobre un pecho de Pearl Diamond.

La muchacha se estremeció, y murmuró:

—Pero seda negra.

Charlie alzó las cejas, como sorprendido, y exclamó:

—¡Caray, no me había dado cuenta de que eres negra, tú!

—Pues debes ser daltónico —rió Pearl.

—¿Y eso qué es?

—Oh, vamos, Charlie, ¡sabes perfectamente lo que es el daltonismo!

—De verdad que no, mujer.

—Bueno, ¿a qué discutir? El daltonismo es una enfermedad de la vista que impide percibir determinados colores. En tu caso, al parecer, te impide ver el negro. ¿Me ves blanca, Charlie?

Charlie Brook se inclinó, y besó primero un pecho y luego el otro a Pearl Diamond. Unos hermosos, turgentes, maravillosos pechos que, en efecto, parecían de seda negra. Como todo el cuerpo de la muchacha, desnudo junto al de Charlie en la litera de la cabina de la lancha. Pearl Diamond tenía un cuerpo tan grácil, hermoso y armónico que parecía irreal.

—Pues no —dijo Charlie, alzando su mirada hacia los ojos de Pearl —, no te veo blanca.

Los ojos de Pearl Diamond... ¡Qué ojos! Grandes, rasgados, luminosos, juveniles, inteligentes..., pero, sobre todo, alegres. Sí, alegres. Eran ojos que expresaban alegría de vivir, y, en estos tiempos, esto tenía fascinado a Charlie Brook. ¿Y la boca? ¡Ah, la boca de Pearl Diamond...! Llena, suave, jugosa, sin el menor asomo de abultamiento. Bonita, preciosa, ocultando unos, dientes de una blancura impoluta. ¿Y el cuello de Pearl Diamond? Era como el tallo de una flor: esbelto, delicado, suave... Bueno, en realidad, Pearl Diamond era algo así como una escultura viviente. Una escultura negra, sin la menor posibilidad de duda, de modo que Charlie repitió:

—No, señor, no te veo blanca, negra.

—Yo sí te veo blanco a ti —murmuró Pearl.

—Será mulatito, en todo caso —rechazó Charlie—, porque yo diría que estoy muy moreno. ¿O no?

—¿Por qué te gusta tanto el sol?

—Dime algo mejor que el sol.

—¡Yo! —rió Pearl.

—Eso no vale, ya lo sabíamos. Otra cosa. Dime cualquier cosa de este cochino mundo, aparte de ti, que sea mejor que el sol, el mar, el aire y el cielo azul... Una sola, negra.

Pearl miraba a su vez los ojos de Charlie Brook: grises, claros, destacando extraordinariamente en su rostro quemado por el sol. ¡Qué contraste con los de ella, tan negros! Y en los cabellos, el mismo contraste: Charlie no sólo era rubio, sino que con tanto sol sus, cabellos todavía se habían aclarado más. También había contraste entre los desnudos cuerpos que yacían juntos en la litera: el de Pearl era todo suavidad; el de Charlie, todo músculos.

—No se me ocurre —musitó por fin Pearl.

—En ese caso. —Charlie la besó en la garganta, y ella se estremeció—, puesto que no hay nada mejor que el sol salvo tú, y ahora no hay sol aquí porque es de noche, tendré que conformarme contigo...

—¿Otra vez, Charl...?

La boca de Charlie llegó a la suya, deslizándose desde la garganta a una orejita, y pasando por la mejilla. Pearl Diamond ofreció plenamente su boca, se abrazó a Charlie, y se dejó llevar, no sólo por el deseo del hombre, sino por el suyo propio. Cuando, tras unos minutos de besos y caricias, notó el peso de él, y acto seguido lo recibió completamente, Pearl suspiró, se abrazó más fuertemente a Charlie, y se dispuso a gozar de lo más maravilloso que le había ocurrido en la vida: conocer a Charlie Brook, el blanco que la llamaba negra.

Minutos más tarde, Pearl volvió a suspirar, y dijo:

—Oh, Charlie...

—¿Todo va bien? —susurró él junto a su orejita.

—Te vas a matar.

Charlie se dejó caer a su lado en la litera, y advirtió, alzando un dedote:

—Tengo el entierro pagado. De todos modos, comprendo que sería una molestia para ti encontrarte de pronto con mi cadáver en los brazos. Procuraré morirme cuando tú no estés conmigo.

—¡No me gusta que digas tonterías!

—Morir no es ninguna tontería, negra.

—¡Pero no me gusta que hables de eso!

—¿Eres supersticiosa?

—¡Claro que no! Pero no me gusta pensar en la idea de que puedas morir.

—Estoy sano y fuerte como un tiburón. Calculo que tengo vida para unos setenta años más. Lo que significa que no pienso morir hasta los cien. ¿Te gusta más eso?

—A los cien, bueno.

—Entonces, vamos a celebrarlo. ¡Adivina qué tiene este cretino en el frigorífico de su yate palaciego!

Pearl Diamond volvió a reír. Lo de llamar yate palaciego a la lancha de Charlie tenía gracia. La Pretty medía unos nueve metros de eslora, tenía una cabina de mandos en cubierta, hacia proa, y una cabinavivienda en el centro y hacia proa, bajo la otra cabina. En la cabina-vivienda había un comedor-cocina diminuto, un servicio con ducha que era un milagro de aprovechamiento del espacio, y un dormitorio, por llamarlo de alguna manera, con dos literas plegables; una de éstas siempre estaba plegada; la otra, siempre desplegada, sirviendo de sofá y convirtiendo así el dormitorio en «salón». Ellos estaban en aquel momento en la que siempre estaba desplegada.

¡Y qué bien estaban!

—Eres el hombre de las sorpresas, de modo que nunca podría adivinarlo.

—Esto sí, mujer.

—Charlie, eres el hombre de ideas más fantásticas que he conocido. ¡Eres tan fantasioso...! De verdad, no sé.

—Es fácil. Y a ti te gusta mucho.

Pearl Diamond simuló enfado, y le reprendió:

—Charlie, ¿has vuelto a gastarte el dinero en champán?

—Dime algo mejor que el champán.

—¡El sol! —rió la bellísima negrita.

—Tocado —masculló Charlie, sentándose en el borde de la litera—. De todos modos, el champaña tampoco está mal. Y lo vas a beber frío, como a ti te gusta. De modo que si me perdonas un momento iré al departamento de congelación del yate en busca de la botella.

Dejando riendo a Pearl, Charlie Brook salió del dormitorio al comedor-cocina. Nada, unos pocos pasos. Abrió la puerta de la destartalada caja que él llamaba departamento de congelación, y que no era más que un frigorífico, y retiró de su interior la botella de champán.

Cuando apareció de nuevo en el dormitorio, desnudo, alzando la

botella, Pearl no pudo contener una carcajada.

—¿De qué te ríes ahora?

—¿De qué me voy a reír? ¡De ti!

—¿Estoy grotesco?

—¡No! —rió de nuevo Pearl—. ¡Estás maravilloso! Es sólo que se está muy bien contigo, Charlie. ¿Y las copas?

—¿Las...? ¡Voy a por ellas!

Regresó enseguida con dos vasos de papel, golpeó con el índice el borde de uno de ellos, y dijo:

—¡Clíiiiiinnnggg...! ¡Auténtico cristal de Bohemia!

Fue a sentarse junto a Pearl, que ahora tenía las esbeltas piernas fuera de la litera, y que se hizo cargo de las «copas de cristal de Bohemia» mientras Charlie se dedicaba al descorche. En esto estaba cuando Pearl volvió a reír.

Charlie la miró risueño, forcejeando con el tapón.

—¿Y ahora?

—Ahora me río porque me acuerdo del modo en que nos conocimos semanas atrás.

—No se me ocurrió otro modo de hacer contacto —gruñó Charlie—. Lo siento.

—¡Pero si fue estupendo, divertido, simpático...! Yo había tenido un día malo en el trabajo, estaba harta de fotografías publicitarias, me sentía aburrida y asqueada. Y de pronto, llaman a la puerta. Abro, y allá veo al hombre más rubio y hermoso del mundo que me mira, me sonríe, se saluda a estilo militar y me dice: «Negra, te he visto cientos de veces en esos bonitos anuncios que haces en las revistas, y estoy loco por ti. ¿Puedes recibirme unos minutos para que hablemos de lo bella que es la vida?».

—Me llevó tiempo preparar ese rollo, no creas.

—¡Pero estuvo muy bien!

—Si te gustó a ti, vale. Lo que ya no fue tan fácil fue localizarte, porque tu nombre (que ya sabía) no constaba en la guía, y en las revistas me decían que no estaban autorizados a facilitarme tu dirección, ni a mí ni a nadie...

—Estaba harta de pelmazos —asintió Pearl—, y fue por eso que me compré aquella casita en Hialeah, junto al canal. ¡Pero nadie o casi nadie lo sabía! Todavía es un misterio para mí cómo conseguiste localizarme.

—Listo que es el muchacho. ¡Aaaa... tención, allá va!

¡Plop!, sonó el corcho al saltar. Un chorro de espuma salió tras el corcho, y Pearl se apresuró a colocar uno de los vasos para recibirlo.

—Charlie no has debido gastarte tanto dinero...

—La ocasión lo merece. Además, si se me acaban mis rentas de los pozos de petróleo, supongo que me harás un préstamo.

—Cuenta con él. ¿A qué ocasión te refieres?

—Bebe.

Bebieron los dos. Luego Pearl se quedó mirando expectante a Charlie, que, tras reflexionar, dijo:

—Negra, durante...

¡Plom!, resonó algo en la cubierta de la lancha, hacia popa. Fue un golpe seco y fuerte, que hizo sobresaltarse a Pearl.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó.

—Algún tiburón que ha dado un salto y ha caído en cubierta. Luego lo comeremos asado. Negra, durante...

—Oh, Charlie...

—Iré a ver —masculló éste, entregando su vaso a la muchacha—. Pon champán, ¿quieres?

Salió a cubierta. Enseguida, a las luces del embarcadero, vio el cuerpo caído de bruces en la cubierta, y se acercó rápidamente y se arrodilló. La cabeza del hombre había quedado de lado, de modo que pudo verle el rostro.

—Willy... —murmuró.

La idea de que Willy

O'Hara

podía estar borracho pasó por la mente de Charlie, así que le puso una mano en la espalda, y lo movió, diciendo:

—Oye, viejo cochino de los dem...

Retiró la mano, y la miró. Se quedó contemplando aquello pegajoso y brillante. Esto sí supo Charlie enseguida lo que era. Miró sobresaltado a Willy, y luego hacia el embarcadero al que tenía amarrada la lancha, y hacia Bayfront Park... No vio nada que llamase de modo especial su atención.

Tras breve vacilación, Charlie agarró a Willy por los sobacos, sin darle la vuelta, y lo arrastró, casi lo llevó en vilo hacia el interior de la lancha. Cuando Pearl lo vio aparecer arrastrando al herido, se puso en pie de un salto que hizo vibrar sus turgentes senos.

—¡Charlie! ¿Qué...?

—Ssst. Ayúdame a colocarlo en la litera. Con cuidado, sin zarandearlo.

Willy

O'Hara

fue colocado en la litera, boca abajo. Pearl contemplaba horrorizada los manchurrones de sangre en la espalda, en la chaqueta del herido.

—Dios mío... ¿Qué..., qué ha pasado...?

—No tengo ni idea. Lo que sí está claro es que le han metido dos balas en la espalda.

—¿Está..., está...?

—No. Todavía está vivo. Willy siempre ha tenido el pellejo muy duro.

—¿Lo conoces, entonces?

—Sí. Hace años... Supongo qué has venido con tu coche.

—Sí, claro.

Charlie asintió con la cabeza, se acercó a un pequeño mueble estantería, lleno de libros, cigarrillos y diversos objetos, y tomó un bloc y un bolígrafo. Escribió algo en una hoja, la arrancó, y la tendió a la muchacha.

—Pearl, tienes que ir ahora mismo a esta dirección, y localizar sea como sea a este hombre, el doctor Ellison. Dile solamente que Charlie Brook le necesita con urgencia. No le digas nada más que eso. ¿De acuerdo?

—Pero me preguntará...

—Dile que yo lo necesito, eso es todo. No contestes a nada más. Sólo eso, Pearl.

—Sí... Sí, Charlie, está bien.

La muchacha se vistió rápidamente, y acto seguido abandonó la lancha, mientras Charlie, con una navaja, se dedicaba a rasgar la chaqueta y la camisa de Willy

O'Hara

, hasta conseguir dejarle desnudo el blanco torso. Al granuja de Willy no le gustaba el sol, sino la sombra. Mirando las dos heridas de la espalda, especialmente la más centrada Charlie movió la cabeza, y murmuró:

—Mal te veo esta vez, Willy, muchacho.

La sangre seguía fluyendo, pero ahora muy lentamente, espesándose en el boquete del hombro, y comenzando a hacer lo mismo en el de la espalda. Charlie sacó una sábana limpia, la hizo pedazos, y con ellos, empujándolos con la punta de la navaja, taponó como pudo las dos heridas. Era todo lo que podía hacer, a la espera de Ellison.

—Lo siento, Willy —dijo en voz alta—, pero si yo te meto mano la palmas ya. Tranquilo, muchacho.

Vaya si estaba tranquilo Willy

O'Hara

. Inmóvil, lívido el rostro, su respiración apenas audible. Hacía falta ser en verdad duro para haber llegado allí con aquella carga de plomo en la espalda.

—Me gustaría saber en qué lío te has metido esta vez.

Vio en el suelo la rasgada camisa y la destrozada chaqueta. Se inclinó a recogerlas, dispuesto a tirarlas a la basura. Ya no servían para otra cosa. Al coger una de las mitades de la chaqueta, oyó un sonido que le llamó la atención. Desde luego, no era de monedas, pero había sonado como..., como...

Charlie Brook metió la mano en el bolsillo de aquella mitad de la chaqueta, la sacó..., y se quedó mirando lo que había encontrado, mientras miles de hermosos reflejos parecían capaces de dejarlo ciego, o poco menos. Diamantes. Charlie dirigió una mirada a Willy, y procedió a sacar más diamantes del bolsillo de la chaqueta. También había en el otro bolsillo, y en los bolsillos del pantalón del herido... En uno de éstos, encontró un diamante que lo dejó atónito: era enorme, grande como una nuez. Algo fantástico. Lo dejó junto a los otros cerca de una pierna de Willy, y estuvo unos segundos mirándolo, percibiendo los miles de reflejos magníficos. Además del enorme diamante grande como una nuez, había unos veinte como avellanas, y quizá treinta como guisantes. El espectáculo era fascinante.

Pero, finalmente, Charlie consiguió apartar la mirada del montón de diamantes, y miró al herido.

—La madre que te parió —masculló.

CAPÍTULO II

El doctor Ellison había extraído las dos balas, y luego había desinfectado y vendado la heridas. Ahora, Willy

O'Hara

, blanco su rostro como la leche, parecía dormir profundamente, siempre con la cabeza ladeada, vientre abajo. Todo el torso estaba vendado, y el doctor Ellison lo miraba mientras se secaba las manos.

De pronto, miró a Charlie.

—Me sorprendería que se salvase —dijo.

Charlie asintió.

—Sí —murmuró; le acertaron bien.

—¿Quiénes?

—No sé. Willy llegó aquí solo. Cayó en cubierta, eso es todo lo que sé.

—¿Llegó solo? —Ellison emitió un silbido de admiración—. Bueno, un tipo así incluso es posible que salga de ésta, pero no será fácil. ¿No sabe qué pasó, no dijo él nada?

—No. Se le terminaron las fuerzas en cuanto cayó.

—Eso no me sorprende en absoluto. Bien, yo no puedo hacer nada más por él, de momento. Salvo que tenga una hemorragia, será mejor no tocarlo hasta mañana por la mañana. Si la tuviese, avíseme de nuevo, Charlie, enseguida. Bastará un telefonazo, y yo vendré en mi coche —miró a la silenciosa y todavía impresionada Pearl—. Gracias por traerme, señorita.

—¿Eh...? ¡Oh! Oh, bueno, le llevaré de regreso a su...

—Tomaré un taxi, no se moleste —sonrió Ellison, mirando de reojo a Charlie—. Bien, hasta mañana..., espero.

—Doctor...

—¿Sí, Charlie?

—¿Va a dar parte de esto a la policía?

—Me sorprende su pregunta —se pasmó el médico—. Claro que tengo que dar parte. Y usted lo sabe mejor que nadie.

—Sí. Pero... Bien, el caso es que le agradecería que no lo hiciera,

doctor.

Ellison, que se disponía a salir, se volvió, del todo, y movió la cabeza.

—Vamos, Charlie... No puedo hacer eso, no puedo omitir un informe como éste, Ese hombre ha recibido dos balazos.

—Se lo pido como favor personal.

Pearl Diamond miraba de uno a otro hombre a medida que tomaba la palabra. Captó la vacilación de Ellison, pero enseguida éste volvió a negar con la cabeza.

—No puedo hacerlo. Somos buenos amigos de siempre, Charlie. Y precisamente por esa buena amistad, usted no querrá meterme en un lío, ¿verdad? Podría costarme un serio disgusto.

—¿Puedo hacerle unas cuantas reflexiones, doc?

Ellison movió la cabeza de nuevo, y masculló:

—Hágalo. ¡Y espero que no me convenza!

—Para mí, está claro que Willy no vino aquí casualmente, sino en mi busca. Si usted da parte de esto, la policía vendrá a mi lancha, y me complicará la vida. Pero esto sería lo de menos, en realidad. Lo grave está en que hay por lo menos dos tipos que andan buscando a Willy. ¿Está de acuerdo en esto?

—Bueno, sabemos que son dos, por lo menos, porque las dos balas eran diferentes. Sin embargo...

—La policía vendrá, esos dos tipos se enterarán de que Willy fue recogido por mí. Entonces, me voy a encontrar entre dos fuegos: ellos y la policía. Todos querrán saber por qué vino Willy a mi lancha, qué me dijo, qué pasó... Y yo no sé nada de nada. Eso aparte, si esos sujetos se enteran de dónde está Willy, irán a por él de nuevo. Yo diría que su informe complicaría mucho las cosas a mucha gente. Podríamos esperar un poco... ¿Qué le parece?

—Charlie, suponga por un momento que usted todavía está en su cargo de teniente de Homicidios. ¿Cómo actuaría si se enterase de que yo le he ocultado que he atendido a un herido de bala?

—Me enfadaría. Pero le escucharía, y seguramente llegaría a comprender sus razones. Y tenemos dos cosas a nuestro favor. Una, que ambos tenemos buenos amigos en la policía. Dos, si Willy muere, podemos dejarlo en cualquier sitio; de eso me encargaría yo. Y si esto se descubriese, yo le garantizo que usted no sería mencionado: diría que le curé yo.

Ellison comenzó a flaquear.

—¿Y la muchacha? —Miró a la atónita Pearl.

—No se preocupe por ella. Se lo garantizo.

—¡Nos vamos a meter en un lío!

—Usted, no. En todo caso, yo solo. Pero no será fácil pescarme a mí, doc, usted lo sabe. Y piense en este pobre hombre: si los que le han herido se enteran de dónde está, insistirán en matarlo.

El doctor Ellison se pasó una mano por la cabeza, soltó un bufido, y, sin más, abandonó la lancha.

Pearl todavía contemplaba atónita a Charlie.

—¿Eres... teniente de la policía? —murmuró.

—Ya no.

—Pero el doctor Ellison ha dicho...

—Ya no lo soy. Lo dejé.

—¿Por qué?

—Porque estaba harto de ver porquerías en unos y mezquindades en otros.

—¿Quieres decir... dentro de la policía?

—Pearl, no te compliques la vida. Olvida eso.

—Pero, Charlie, me ha sorprendido tanto... No lo comprendo. Eras teniente de la policía, y ahora pareces... un alegre vagabundo dedicado solo a pescar y a pintar paisajes. ¿Por qué?

—Me gusta el sol, ya lo sabes. Además, se pasa estupendamente pescando y pintando.

—Sí —casi sonrió Pearl—. Eso es verdad. A propósito: ¿cuándo me vas a pintar a mí en uno de tus paisajes?

—Nunca.

—¿Por qué? Sería un cuadro precioso... Imagínatelo: una bella africana de cabellos rizados y cuerpo espléndido, desnuda en la orilla del mar, teniendo como fondo una playa llena de palmeras. Sería bonito.

—¿Qué te pasa? —masculló Charlie—. ¿Por qué estás molesta?

—¿Que por qué estoy molesta? ¡Pues bien, te lo diré, Charlie Brook! Estoy molesta porque desde el día en que viniste a mi casa y me dijiste que estabas loco por mí, te escuché; te dejé entrar en mi casa, comenzamos a salir, y en un abrir y cerrar de ojos, me convertiste en tu amante; desde entonces, vengo aquí siempre que tengo un rato libre, o te llamo para que vengas a casa, y... y creo que no puedo darte más de lo que te he dado... ¡A cambio de eso, me entero ahora de que he estado acostándome con un policía!

—¿Qué tienen de malo los policías? —Gruñó Charlie.

—¡Tú sabrás, que te fuiste del Cuerpo! En cuanto a mí, lo único malo que tiene este policía —señaló a Charlie— es que me haya ocultado que lo es.

—Lo fui. Cuando te conocí ya no lo era.

—Charlie, ¡te odio!

Charlie Brook la miró asombrado. Luego se acercó a ella, la abrazó por la cintura, la besó en la boca, y preguntó:

—¿Qué has dicho?

—Que te odio.

—¿Cómo dices, qué...?

—Que..., que te odio...

—¡Pitos, qué vendaval hace, no oigo nada! ¿Qué me estás diciendo, negra?

—Pu..., pues que..., que... ¡Oh, Charlie!

—Ahora sí que te he oído —susurró Charlie.

Ella se abrazó a su cuello, y estuvieron besándose largamente. Por fin, ella se apartó, suspirando:

—Charlie, te amo.

—¿Qué?

—¡Digo que...! ¡Déjate de tonterías! Esta noche me quedo.

—Claro que no. Te irás ahora mismo, y no volverás por aquí, ni me llamarás, ni te acercarás a mí en parte alguna hasta nuevo aviso.

—Pero... ¡No! ¿Por qué he de hacer eso?

—Porque yo te lo pido. Mira, negra, ese sujeto moribundo llamado Willy

O'Hara

ha sido toda su vida un granuja. Nos conocemos hace tiempo, era uno de mis amiguetes chivatos cuando yo estaba en la policía. La verdad es que yo le caía muy simpático, siempre aparecía ante mí sonriente: «¡Hola, teniente! ¿Qué tal? ¡Encantado de verle! ¿Me acepta una cerveza?». Si no fuese porque me consta que le gustan las mujeres más que la vida, diría que se había enamorado de mí. Pero no: simplemente, yo le caía simpático...

—A mí también —sonrió Pearl—. Y no sin motivos. ¿Cuáles eran los de Willy

O'Hara

?

—Bueno... Digamos que le ayudé más de una vez a salir de algún que otro apurillo. Así que supongo que el granuja, en cuanto se vio en este lío, pensó en mí..., y aquí lo tienes.

—Puedo ayudarte a cuidarlo.

—Hay dos tipos por ahí que no vacilan en disparar y que están buscando a Willy. Digo dos, pero pueden ser más. Pearl, no quiero que si esos tipos llegan aquí te encuentren a ti.

—Te encontrarán a ti.

Charlie Brook sonrió secamente.

—Los hay con mala suerte —dijo.

—Eso es una fanfarronada —sonrió Pearl—. Si están armados pueden darte un disgusto. ¡Y lo están!

—Buenas noches, negra.

Ella estuvo unos segundos mirándole fijamente. De pronto, pareció recordar algo.

—¿Qué ibas a decirme antes, cuando oímos el golpe en la cubierta?

—Lo dejaremos para mejor ocasión. Y no olvides lo que te he dicho: hasta que yo vuelva a buscarte, no existo.

Pearl Diamond besó en la boca a Charlie Brook, recogió su bolso, y abandonó la lancha. Charlie Brook se aseguró de que ella se había ido, se acercó al lugar donde había escondido los diamantes, y se quedó mirándolos hoscamente.

—Muy bien —gruñó—. ¿Y qué hago yo ahora con vosotros?

* * *

A la mañana siguiente abandonó la lancha solamente el tiempo preciso para adquirir tabaco en una máquina, junto a la cual había un puesto de venta automática de periódicos, que miró de pasada, ya encendiendo un cigarrillo.

Se detuvo en seco, y se quedó mirando los titulares del periódico que estaba sobre la pila. Luego, parsimoniosamente, dejó su moneda, tomó un periódico, y regresó como un tranquilo paseante a su vieja lancha..., en la que se encerró a toda prisa, volvió a mirar los titulares, y dirigió una mirada al herido, exclamando:

—¡La madre que te parió!

Se sentó en la litera en la que había pasado la noche en duermevela, y comenzó la lectura de la noticia que había merecido la primera plana.

LOS DIAMANTES DE LA CORONA

5 000 000

millones de dólares en diamantes robados en el Crystal Palace.

Miami, setiembre, 4. Ésta es una pequeña e interesante historia que termina (o quizá empieza) con el robo de cinco millones de dólares en diamantes en el Crystal Palace Hotel

de Miami Beach.

Procedente del pequeño país africano llamado Tamgonia llegó a Miami, hace cinco días, la princesa Kokki Onoka, hija del rey de Tamgonia, acompañada de numeroso séquito cuyo principal cometido era custodiar y defender los diamantes de la corona de Tamgonia. Dichos diamantes, que forman una colección única en el mundo, están valorados en unos cinco millones de dólares en conjunto, teniendo bien en cuenta que tan sólo uno de ellos, enorme, de 252 quilates, ha sido tasado en tres millones. Este diamante gigante lleva el nombre de «África Negra», y durante años, el rey de Tamgonia se ha negado a venderlo, pese a las muchas ofertas recibidas y a las necesidades que esos tres millones de dólares habrían resuelto en su casi miserable país. Sin embargo, el rey de Tamgonia tuvo una idea luminosa para, de todos modos, obtener frutos del «África Negra» y de toda la colección engarzada en la corona de su país: los diamantes fueron desmontados de la corona, colocados en estuches adecuados, y dispuestos para ser exhibidos en todo el mundo en museos, salas de arte, o cualquier local adecuado para ello. Considerando que el público debía pagar entrada para poder contemplar los diamantes, se ha calculado que Tamgonia tenía ingresados ya no menos de treinta y cinco mil dólares por este concepto durante el tiempo de exhibición de la colección. Viena, París, Londres, Madrid,

Roma, Nueva York, Miami...

Miami. Aquí, en nuestra ciudad, esos treinta y cinco mil dólares han quedado convertidos en calderilla. Los diamantes han sido robados. ¿Cómo, cuándo, por quién...? Éstos son los hechos conocidos: La princesa Kokki Onoka se alojó, con su séquito, en el Crystal Palace, y, precisamente en la Sala Celeste de dicho hotel, procedió a montar la exhibición del «África Negra» y los demás diamantes de la corona. Como es natural, se dispuso un sistema de seguridad en torno a esas piedras preciosas, con la correspondiente alarma. En una próxima edición informaremos detalladamente a nuestros lectores de dicho sistema de seguridad y alarma. Hoy, podemos decirles solamente que ayer por la tarde, cuando se estaba a punto de dar por finalizada la exhibición del día, varios hombres se apoderaron de los diamantes de la corona de Tamgonia. Según unos testigos, fueron seis hombres; según otros, solamente cinco. Todos ellos cubriendo sus cabezas con medias de mujer. Aparecieron armados, dominaron con desconcertante facilidad a los vigilantes de Tamgonia y al asustado público, y alzaron la gran vitrina donde estaban los diamantes, toda la colección. La alarma no sonó. Los asaltantes se apoderaron de todos los diamantes, fueron hacia la salida, y allí comenzaron a disparar granadas lacrimógenas en todas direcciones... Cuando se restableció el orden y la serenidad, y apareció la policía, los asaltantes habían desaparecido.

Y los diamantes de la corona de Tamgonia, también.

Según rumores, que procuraremos confirmar, la princesa Kokki Onoka ha ofrecido ya una recompensa de veinticinco mil dólares a todo aquel que proporcione una pista válida para la recuperación de los diamante, y cien mil dólares a quien, sin más complicaciones, los devuelva. Creemos que esta última oferta va dirigida primordialmente a los propios ladrones, quienes quizá comprendan que cien mil dólares en mano valen más que esa colección de diamantes que, ciertamente, no les será fácil vender o negociar en ninguna parte del mundo, pues, en especial el «África Negra», son harto conocidos Seguiremos informando.

Cuando terminó de leer la noticia, Charlie volvió a mirar la fotografía del «África Negra», conseguida por gentileza... y conveniencia de la tal princesa Kokki Onoka, con la que un periodista había conseguido una entrevista que no aportaba nada nuevo a la información, salvo el hecho de que Kokki Onoka suplicaba la devolución de la colección e insistía en la oferta de cien mil dólares.

Charlie Brook conocía él diamante que estaba contemplando en aquella aceptable fotografía. Lo conocía perfectamente, porque la noche anterior lo había tenido en sus manos...

Atónito, miró al todavía inconsciente Willy
O'Hara

—Muchacho, ¡vaya golpe!

Pero enseguida, Charlie frunció el ceño. Se imaginó a Willy en una cosa así. No encajaba. Era un asunto demasiado grande para el pobre Willy. Quinientos millones de dólares. Quinien... ¡Qué barbaridad! Quería decir cinco, no quinientos. Bueno, ¿y cuál era la diferencia entre una cifra y otra para Willy

O'Hara

? Ninguna. Tan imposible era imaginarse a Willy en un golpe de

quinientos millones como de cinco millones. Y hasta de quinientos mil dólares. Cincuenta mil, quizá... ¡Pero cinco millones!

Claro que todo era un valor relativo. Lo mismo daba que hubiesen querido valorarlos en mil millones. Sólo hacía falta que algún tonto quisiera pagar mil millones de dólares por unas cuantas piedras brillantes, y ¡hala!, éstas ya se valoraban en mil millones. De todos modos, aunque ese valor de cinco millones fuese relativo, era una bonita cantidad de dinero.

Pensando en todo esto se hallaba Charlie Brook cuando oyó el impacto de unos pies en la cubierta de la lancha. No tuvo tiempo de sobresaltarse, porque enseguida oyó la voz del doctor Ellison, que apareció en el «dormitorio» cuando Charlie acababa de dejar el periódico a un lado.

—Hola, Charlie.

—Buenos días, Doc. Gracias por no chivarse.

—Escuche, Charlie, es cierto que no he dicho nada... por ahora, pero aunque lo hubiese hecho, no habría sido «chivarme», sino cumplir con mi obligación. ¿Está claro?

—Ha sido un modo de hablar —sonrió Charlie.

—Bueno, pues elija mejor sus palabras, ya que me consta que su vocabulario es mejor que éste. ¿Cómo está él herido?

—Sigue con vida. Lo demás lo dirá usted.

El doctor Ellison examinó al herido, tomándole el pulso, y alzando luego sus párpados para observar la reacción de las pupilas. Todo funcionaba.

—Chocante —masculló—. Yo ya estaría muerto.

—Ya se sabe: siempre caen los mejores, y queda la purria.

Ellison le dirigió una mirada de reojo, y comenzó a cortar las vendas que cubrían el torso de Willy O'Hara

.

—Debería usted saber —murmuró— que es inevitable que exista purria en el mundo, Charlie. Incluso entre la policía. Con su dimisión, no arregló nada: seguirá habiendo mala gente entre la policía, y en todas partes.

—Yo no estaba en todas partes, sino en la policía.

—Comprendo su asqueo, muchacho. Pero ¿qué ha conseguido? Pues, sencillamente, privar a los ciudadanos de un policía eficaz y honesto. Lo interesante sería que dimitieran los que le impulsaron a dimitir a usted.

—Ésa es una buena idea: vaya a decírselo a ellos. Y si consigue usted que esa purria abandone la policía, yo volveré. De otro modo, ya

no quiero seguir perteneciendo a ese Cuerpo. Es todo. Fin. ¿Qué me dice de Willy?

—Psé;... Puede que viva. Si ha resistido toda esta noche, lo demás ya no me sorprenderá. ¿Ha delirado, se ha movido...?

—No se ha movido, pero sí ha delirado; de todos modos, no he podido entender nada. Se quejaba, me ha mencionado un par de veces, se asustaba... El pobre debía verse acosado, recibiendo balazos.

Ellison asintió. Ya no hablaron nada más que lo necesario para que Charlie ayudase al médico en la cura. Terminado ya el nuevo vendaje, Ellison procedió a limpiarse las manos, mirando con cierta hostilidad a Charlie.

—Bueno —gruñó—, ¿qué piensa hacer? ¿Seguimos callando?

—Se lo ruego. Y no se preocupe. Si me descubren, usted no será mencionado, tiene mi palabra.

—Lo sé. Es la primera vez que hago esto, Charlie, y usted lo sabe. Brook sonrió.

—Le soy simpático, ¿verdad, doc?

—Sí.

—También le soy simpático a Willy. Y usted me es simpático a mí. Así tendría que ser siempre entre todos: todos simpáticos con todos, ¿no le parece?

—Volveré esta noche... ¿Y su amiguita?

—¿Qué amiguita?

—La preciosa negra que anoche... Oh, entiendo. No hay ninguna negra, ¿verdad?

—Ni siquiera usted ha estado aquí, doc.

—Ya. Bien, tengo que... ¡Ah! —señaló el periódico con la barbilla—. ¿Ha leído eso de los diamantes?

—Sí.

—Cinco millones de dólares. ¡No está mal!

—Los recuperarán.

—Seguramente. A menos que todo estuviese muy bien pensado y organizado, hace tiempo.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que quizá los tipos que se llevaron los diamantes ya los venían siguiendo desde Nueva York, o incluso desde Europa, y estaban esperando el momento adecuado para dar el golpe. ¿Ve, Charlie? ¡Éste es un caso en el que si usted continuara siendo policía podría demostrar su clase!

—Prefiero no ser ya policía, porque así, si los encuentro, podré aceptar los cien mil dólares que ofrece la princesa esa de Tamgonia.

Ellison sonrió, terminó de arreglarse, recogió su maletín, y se

dirigió hacia la puerta. Allí, volvió la cabeza. —Saludos a su bella negrita, Charlie.

CAPÍTULO III

Era una negra preciosa, encantadora en verdad. Tanto, que Charlie Brook pensó que merecía ser princesa, en efecto.

En el vestíbulo del hotel, casi en la entrada todavía, Charlie veía desde lejos a Kokki Onoka, princesa de Tamgonia. Estaba rodeada de periodistas, pero era lo bastante alta para poder ver su rostro cada vez que había movimiento alrededor de ella. Incluso había visto el cuerpo un par de veces. Sensacional. Bueno, un tanto más llenita y maciza que Pearl, pero sensacional. Llevaba los cabellos muy cortos, hasta el límite para evitar los apretados rizos. Un peinado de París, por lo menos. Peinado de artista. O mejor dicho, no el peinado, sino el corte de pelo. Eso: el corte de pelo.

Como fuera, a Kokki Onoka se la veía hermosa y fresca como una flor, así que Charlie no se cansaba de mirarla.

Pero en realidad, y de momento, él no estaba allí para contemplar a la princesa Kokki, por joven y bonita que fuese, de modo que se interesó por el auténtico motivo de su visita al lujoso Crystal Palace Hotel.

Se acercó a un botones del hotel, pecoso y desgarrado.

—Oiga, apuesto joven, ¿dónde está ubicada dentro de este descomunal exponente del lujo edificado cristalinamente la majestuosa dependencia llamada Sala Celeste?

El muchacho se quedó, mirándolo atónito.

—Perdón, señor... ¿Qué dice?

—¿Dónde está la Sala Celeste?

—Ah... ¡Ah, la Sala Celeste!

—Sí; la Sala Celeste. Es que vengo a robar los diamantes de la princesa.

El muchacho sofocó una risita, y rió de nuevo cuando Charlie le guiñó un ojo.

—Me parece que llega tarde, señor: ya los robaron. Pero quizá quede alguno por el suelo. Siga hacia el fondo del vestíbulo, y verá enfrente la entrada del bar. A la izquierda, un pasillo ancho. Por ese

pasillo llegará a la Sala Celeste; es la de la izquierda.

—¿De modo que hay otra sala? ¿Y cómo se llama? Espere, no me lo diga... ¿Sala Infernal?

—No, señor —rió el muchacho—. ¡Sala Rosa!

—¡Qué estrepitosa originalidad la de los capitalistas que montaron en tan bello lugar del mundo, cerca del mar, una residencia palaciega como ésta! Gracias, hombre. Oye, ¿te has dado cuenta de que no llevo esmoquin?

De nuevo rió el botones, pero, justo entonces, se percató de que Charlie Brook no sólo no llevaba esmoquin, sino que más bien parecía un tanto vagabundo, sin afeitar y con los pantalones arrugados; por calzado, zapatillas blancas de marino. Ni de lejos se le podía confundir con uno de los clientes del hotel, todos muy ligeros de ropa, pero de calidad. Ni con un periodista. Ni siquiera con un policía.

—Mmm... ¿Quizá busca usted a alguien, señor?

—Busco aun tío simpático para darle cinco pavos. ¿Conoces a alguien que le gustase embolsarse cinco pavos, vulgo dólares?

—Si me los entrega usted, señor, haré lo posible para que lleguen a un destino adecuado.

—Así se habla. Aquí está la manteca —le tendió él billete—. Dime, hijo, ¿qué palabra podría yo utilizar para designarte y diferenciarte del resto de los demás feos y generalmente estúpidos mortales?

—¿Qué?

—Pregunto cómo te llamas.

—¡Aaah...! Me llamo David, señor.

—Okay, Dave. Dime una cosa, ¿estabas aquí cuando sucedió el imprevisto suceso que aterró a la concurrencia de este magno lugar en el inmediato pretérito llamado ayer?

Dave forzó sus meninges, sonrió, y asintió.

—Sí, señor, estaba de servicio cuando robaron los diamantes... Es eso lo que me ha preguntado, ¿verdad?

—¡Exacto, hijo mío! De modo que estabas aquí. Vaya, debiste pasar un miedo de cojones, ¿eh?

—No, señor.

—¿No? ¿Y a qué, se debe tan descomunal valor por tu parte?

—Pues a que los diamantes no eran míos, señor, así que si cinco tipos armados se los querían llevar, pues... yo, tranquilo.

—Eres un caso portentoso de inteligencia, serenidad y sentido común, Dave. ¿Cinco? He leído que quizá fueron seis.

—Cinco, señor. ¿Ve usted este par de linternas? —Dave se señaló los ojos—. Pues funcionan de maravilla: cinco.

—De acuerdo: cinco. ¿Qué más viste, Dave?

—No hubo gran cosa que ver, señor. Yo estaba en el vestíbulo, como ahora, porque siempre hay algún cliente que necesita alguna pequeña cosa... Siempre atentos, ¿comprende? Es la consigna de la dirección: el cliente es un rey...

—Me alojaré cualquier día aquí, a ver si me siento rey. De momento, tenéis una princesa..., que por cierto, es joven, guapa, y está para meterle un mordisco. ¿A que sí, Dave?

—Sí, señor —rió de nuevo Dave—. ¡Nam!

—Nam —asintió Charlie—. Bueno, tú estabas en el vestíbulo, y entonces...

—Pues entonces aparecieron los cinco hombres procedentes de la Sala Celeste, corriendo hacia la salida. Llevaban medias tapando sus caras, como en las películas, y uno de ellos llevaba una bolsa de piel que supongo contenía los diamantes. Nos quedamos todos tan sorprendidos que nadie hizo nada, pero aun así, tiraron gases lacrimógenos, y escaparon a toda prisa.

—Ya. Pero llevaban pistolas, ¿no?

—Ah, sí, sí, señor, ¡ya lo creo!

—Claro. ¿Y cómo vestían? ¿Cómo yo, por ejemplo, o como ese señor que debe tener yate y cuenta en el Banco?

—Pues... ni de un modo ni de otro. Vestían trajes completos, pero sólo dos de ellos llevaban corbata. Eran unos trajes baratos.

—Trajes baratos. Se me ocurre que quizá te fijaste en ellos cuando entraron en el hotel sin máscaras para dirigirse hacia la Sala Celeste... ¿Te fijaste?

—No, señor. Ni yo ni nadie. Lo sé porque la policía nos lo ha preguntado a todos los empleados, y a los clientes del hotel. Eran unos tipos vulgares, señor.

—¿A qué llamas tú vulgares?

—Pues que nadie se fijaría en ellos. Ni siquiera los recuerda el encargado del taquillaje para entrar en la Sala Celeste.

—Mala suerte para la poli, ¿eh? Pero yo te haré una pregunta más concreta: ¿había alguno como yo de alto, fuerte y hermoso?

—No, señor.

—¿Y había quizá alguno bajo, enclenque y feo?

—No sé si era feo; pero había uno que era bastante enclenque.

—¡Ajaja, lo sabía!

David abrió muchos los ojos.

—¿Quiere decir que conoce usted a ese hombre, señor?

—No. Quiero decir que acabo de asegurarme de que yo no estuve por aquí ayer. Y es una lástima. Hasta la vista, Dave.

—Adiós, señor. Y gracias.

Charlie volvió a guñar un ojo al muchacho, y se dirigió hacia donde éste le había indicado. Vio el bar, enfiló el amplio pasillo, y segundos más tarde se encontraban ante la puerta de la Sala Celeste, completamente abierta. Había gente allí, y todavía más gente, dentro. Charlie se quedó mirando en silencio durante unos segundos a los policías que todavía estaban intentando conseguir alguna huella o indicio, y otros que señalaban los dispositivos de la alarma, descubiertos, en dos esquinas de la sala.

En el centro de la sala estaba la tarima forrada de terciopelo azul donde habían estado expuestos los diamantes de la corona de Tamgonia. La gran tapa de cristal estaba a un lado, colocada verticalmente, y la estaban cubriendo de líquido fijador de huellas. Era un modo como otro cualquiera de perder el tiempo, porque aquella tapa debía haber, sido tocada por docenas de personas. La gente no sabe tener las manos quietas...

Charlie alzó la mirada hacia lo alto del marco, donde también había un dispositivo de alarma. Una alarma que no había funcionado. Quizá el doctor Ellison tuviese razón, y los asaltantes estuviesen siguiendo los diamantes desde Nueva York, o desde más lejos, y todo lo tenían bien pensado... Eso es lo que se podía pensar. Pero no él, Charlie Brook, que sabía ya con toda, seguridad que el birria y granuja de Willy

O'Hara

había sido uno de los cinco ladrones...

—¿Qué busca aquí, Brook?

Charlie bajó la mirada, y se encontró con el guapito rostro del sargento Niklaus, del Police Department. A juicio de Charlie, Niklaus era el tipo más cabrón del mundo, aunque estuviese soltero; no se le ocurría de qué otro modo definirlo. Guapo jactancioso..., y podrido.

—Señor Brook —corrigió amablemente Charlie.

Niklaus torció una sonrisa irónica.

—¿Tanto?

—Sí, desde que dejé de ser teniente me ascendí a señor. Espero que usted entienda esto, sargento.

Niklaus enrojeció.

—¿Qué es lo que busca aquí? —Gruñó.

—Nada. Sólo he venido a mirar... como estos otros señores que hay por aquí. ¿Puedo echarle un vistazo a la sala?

—¿Usted qué cree, señor Brook?

—No creo nada. ¿Puedo?

—No. Y será mejor que no merodee por aquí si no quiere tener complicaciones.

Charlie ladeó la cabeza.

—¿Me está usted amenazando, sargento?

—No —masculló Niklaus, tras vacilar.

—Ah. Creí que estaba usted amenazando a un ciudadano libre y honrado. De todos modos..., ¿qué clase de complicaciones cree usted que yo podría tener?

—Las que se derivasen de desacato a la autoridad. Si le digo que se largue, es para que se largue. Nadie puede estar aquí.

—Le recuerdo que los diamantes ya fueron robados.

—Márchese, Brook.

—Señor Brook.

El rostro de Niklaus comenzaba a congestionarse.

—Márchese, señor Brook.

—Lo haré cuando se marchen las demás personas que están curioseando igual que yo.

—Ellos son clientes del hotel.

—Y yo puedo serlo. Estoy mirando si sus instalaciones y servicios me convienen. ¿Eso está prohibido? Pero no se canse más en recordarme lo poco simpático que le resulto..., en lo que, dicho sea de paso, es correspondido a tope.

—Largo de aquí, Brook.

—Ya me voy, Cara de Palangana. Adiós.

—Un momento. —Niklaus, rojo el rostro, asió a Charlie por una manga—. ¿Cómo me ha llamado?

—Le he llamado Basinface, es decir, Cara de Palangana.

—Ahora sí que se la ha buscado —barbotó el policía—, por insultos a la autoridad, queda detenido, y le advierto...

—¿Insultos a la autoridad? —Se pasmó Charlie.

—¡Exactamente!

—Espere un momento... ¿Usted quiere detenerme a mí porque le he llamado Cara de Palangana?

—¡Por supuesto!

Charlie movió la cabeza, como pesaroso.

—Pues va a tener trabajo, Basinface; tendrá que detener a todos los miembros del Departamento de Policía también.

—¿Qué...?

—Pero, hombre..., ¿no sabía usted que en el P. D todos le llaman Cara de Palangana? Pues así es. Y le diré por qué: porque siempre está tan limpito, tan reluciente, tan pulcro... Y las palanganas han de estar siempre limpias, ¿no le parece? De modo que todos le llaman Cara de Palangana. ¡Pero si lo sabe todo el mundo, sargento!

Niklaus estaba lívido ahora, y no sabía qué decir. Charlie bajó la

mirada hacia la mano que todavía le retenía por una manga.

—¿Qué? —deslizó malignamente—. ¿Levamos anclas o nos quedamos aquí?

Niklaus retiró lentamente la mano. Charlie se sacudió una imaginaria suciedad en la ropa, metió la cabeza dentro de la Sala Celeste, y se despidió:

—¡Adiós, Conrad, Milton...!

—¡Adiós, teniente! ¡Encantado de verle!

—Adiós, Cara de Palangana —se despidió Charlie de Niklaus.

Cuando llegó de nuevo al vestíbulo del hotel, la situación no había cambiado gran cosa, pero decidió acercarse a la princesa. De cerca todavía era más bonita... ¡Y tan joven...! No debía tener más de veinte años. Una preciosidad. Apartó a unos cuantos periodistas por el simple procedimiento de la ley del más fuerte, y se colocó en primera fila. La princesa Kokki estaba atendiendo a las preguntas de dos periodistas a la vez, pero le miró a él. Charlie sonrió. La princesa sonrió. Charlie guiñó un ojo. La princesa amplió su sonrisa. Charlie guiñó el otro ojo. La princesa se llevó una mano a la boca para contener la carcajada.

—¡Allá está el sargento! —gritó un periodista a su espalda—. ¡Vamos a ver si nos dice algo nuevo!

En un instante, Charlie y Kokki Onoka quedaron solos y frente a frente. Charlie metió la mano en un bolsillo, la sacó, y la extendió ante la princesa, ofreciendo:

—¿Chicle, caramelos, cigarrillos...?

Ella soltó por fin la carcajada.

—Tomaré un cigarrillo, gracias.

Charlie se lo encendió. Luego chascó la lengua, y dijo:

—¡Viva África!

Kokki Onoka volvió a reír.

—Es usted un periodista muy... pintoresco, señor...

—Livingstone. Pero no soy el famoso doctor que se perdió en las selvas africanas. ¿Tiene usted los cien mil dólares, princesa?

—¿Qué..., qué...?

—Quiero decir que si yo pudiese devolverles sus cristalitos..., ¿tendría los cien mil a mano y en contante y sonante?

—Pu..., pues... Bueno, podría... reunirlos rápidamente..., sí.

—Espléndido. En ese caso, voy a ponerme a trabajar en el asunto. ¡Y ahora mismo!

Kokki Onoka soltó un fuerte suspiro.

—¡Creí que los tenía usted y que..., que...!

—¿Que era uno de los cinco gánzapiros que se los llevaron? No, no. ¿Sabe? No hace mucho me jugué el pellejo por sacar un pez

espada del mar, de unos doscientos kilos, pero no me jugaría ni una uña por unos cuantos diamantes... ¿Por qué me miran con tan mala cara esos negros que hay detrás de usted?

—Supongo que usted no les inspira demasiada confianza..., y ellos son mis..., mis...

—¿Guardaespaldas?

—Acompañantes, señor... Oh, sí, Livingstone.

—Exacto. Dígame, princesa, ¿en cuánto tenían ustedes asegurados esos diamantes?

Kokki Onoka parpadeó.

—En nada. No estaban asegurados.

—¿Cómo dice? —Se pasmó realmente Charlie—. ¡Vamos...!

—No estaban asegurados. La prima del seguro era... demasiado cara, y... y mi padre decidió... rescindir la póliza cuando llegó el último vencimiento anual.

—¡Qué barbaridad! O sea, todo perdido.

—Oh, tengo la esperanza de que... Bueno, espero que nos los devuelvan.

—¿De veras espera eso? —Se pasmó de nuevo Charlie—. ¿Por qué motivo?

—Tamgonia es un país pobre, señor Livingstone. Contábamos con los diamantes para recaudar dinero exhibiéndolos en todo el mundo, y además, pensábamos ofrecerlos como garantía para algún préstamo a algún país... rico y generoso. Si los perdemos, lo habremos perdido todo. Tengo la esperanza de que los ladrones serán... humanos cuando lean todo esto en los periódicos de mañana y de esta noche.

Charlie consiguió cerrar la boca y recuperarse del pasmo, aunque no completamente.

—Es usted maravillosa, princesa —murmuró—, pero vive en las nubes: nadie es tan... humano como usted cree. Está usted metida en una jungla peor que las de África, se lo aseguro. ¡Cielos, apelar a los sentimientos humanos...! La admiro.

—Es usted amable, señor Livingstone. Pero no acabo de comprender lo que ha venido a decirme, pedirme u ofrecerme. ¿De verdad sólo ha venido a decirme que se va a poner a buscar los diamantes?

—Pues...

—¿La está molestando este hombre, princesa?

Charlie se volvió, resignado. Cara de Palangana volvía a la carga. Allí estaba, mirando a la princesa, como si él no estuviera.

—No, no —aseguró Kokki Onoka—, de ninguna manera. Me estaba diciendo que se va a poner a buscar enseguida mis diamantes,

sargento.

—¿De veras? —Gruñó Niklaus.

—Eso ha dicho el señor Livingstone. Y yo diría que hablaba en serio.

—¿Livingstone? —Alzó las cejas Niklaus—. Perdone, princesa, pero este hombre se llama Charles Brook, y es un ex policía.

—¡Oh! ¡Pero él me ha dicho...!

—No le haga demasiado caso. Desde que se fue de la policía, él sabrá por qué, no ha hecho nada bueno, y quizá ahora anda a la búsqueda de alguna oportunidad de rehacerse. No tiene usted por qué soportarlo. En cuanto a usted, señor Brook, no le repetiré que se quite de en medio; está molestando la labor policíaca.

—¿Quién? ¿Yo?

—Usted.

Charlie Brook soltó una carcajada que se oyó en todo el vestíbulo del lujoso hotel. Luego, sin dejar de reír, y tras un saludo simpático a Kokki Onoka, que no sabía qué hacer, se dirigió hacia la salida. Vio al botones David mirándole sonriente, le guiñó un ojo, y salió del hotel. ¡Cielos, él estaba molestando la labor policíaca!

Se detuvo en la puerta misma del hotel, encendió un cigarrillo, y quedó pensativo. Tenía la grata sensación de haber hecho muy bien no diciéndole nada todavía a la princesa respecto a los diamantes. No, señor, no haría nada de eso hasta qué el maldito Willy pudiese hablar y le explicara el asunto. Un asunto que, por otra parte, aparecía muy claro: Willy

O'Hara

habíase juntado con cuatro golfos más y habían tenido las agallas de dar un golpe como aquél... Sólo qué Willy seguía sin encajar en una cosa así. No es que fuese de los que roban bolsos a las ancianas, pero ni en sueños se le ocurriría a Willy agenciarse cinco millones de dólares.

¡Ya está! ¿Y si fuese a preguntarle a la puta Annabelle...?

Por entre el humo, se quedó mirando el coche que se había detenido ante el hotel. Un coche particular. Pero de alquiler, él podía oler esto mejor que la carne asada. Al volante iba un negro, que se alejó conduciendo el coche mientras el otro negro que había viajado en el asiento de atrás se dirigía como una flecha hacia la puerta del hotel. Charlie Brook dio media vuelta, y entró de nuevo en el vestíbulo, apartándose. Había observado que el negro en cuestión llegaba alterado, como... asustado, preocupado. Era un hombre de unos... sesenta años, con el cabello blanco y muy rizado, de grandes ojos saltones..., aunque parecía tener el derecho un poco más pequeño

que el izquierdo...

El negro en cuestión entró, y miró ansiosamente en busca de alguien... De la princesa. Su mirada quedó fija en la princesa Kokki Onoka, que estaba conversando todavía con el sargento Niklaus. Pero de pronto, la princesa dirigió la mirada hacia el negro recién llegado al hotel. No hubo gesto alguno especial en su rostro... Charlie miró al negro de los blancos cabellos, y le vio moviendo negativamente la cabeza, todavía como asustado. Volvió a mirar a Kokki Onoka. Su rostro no se alteró, pero Charlie creyó percibir un destello especial en los hermosos ojos de la negrita, que enseguida volvió a fijarlos en Niklaus, el cual, por supuesto, no se había enterado de nada... Cuando Charlie volvió a mirar hacia el negro, éste caminaba hacia los ascensores.

Charlie hizo una seña a Dave, que se acercó en el acto, con expresión divertida.

—Diga, señor.

—Dave, ¿quién es aquel negro con la cabeza llena de nieve que se dispone a subir en ascensor?

—Es un acompañante de la princesa. Se llama... Bueno, tienen unos nombres tan raros... Kato Ameto, o algo así. Es un fenómeno ese negro, se lo juro. Habla varios idiomas, sabe de todo... Creo que es algo así como un maestro particular de la princesa. No me haga mucho caso, de todos modos, ¿eh?

—¿Te gusta pescar, Dave?

—No, señor. Prefiero salir con chicas.

Charlie Brook se quedó mirando con expresión maravillada a Dave. Luego simuló cerrarse la boca con una cremallera, alzó un pulgar, y sin más, dejando muy sonriente a Dave, salió de nuevo del hotel.

¿En qué habían quedado sus pensamientos...? Ah, sí: en ir a hacerle unas cuantas preguntas a la puta Annabelle.

Y de regreso con su lancha hacia Miami, se aseguraría de que Willy continuaba vivo y resistiéndose a morir. ¡Puñetero Willy!

CAPÍTULO IV

—Hola, putón.

Annabelle abrió unos ojos como platos, en los que se reflejó la alegría inmediatamente tras la sorpresa.

—¡Teniente...! —exclamó.

—Señor Brook —gruñó Charlie—. Charlie para los amigos.

Annabelle se apartó de la puerta, y Charlie entró en el apartamento. Bueno, no era gran cosa, pero Annabelle se las arreglaba para que lo pareciera. ¡La de buenos ratos que debía haber pasado allí el golfo de Willy

O'Hara

!

Miró a Annabelle, que le miraba cómo si fuese más o menos un dios, fascinada. La profesional del sexo parecía estar recién bañadita, y llevaba un albornoz corto, entreabierto de modo que se le veían sus enormes, hermosos, blanquísimos pechos.

—Estás muy rica, Annabelle.

—Muchas gracias, sen...

—Charlie, para los amigos, ahora. ¿O ya no somos amigos?

—¡Oh, sí! ¡Dios mío, claro que sí, de usted siempre, te..., se..., Charlie!

—Así me gusta. Hueles muy bien.

—Hay que estar preparada para la guerra —rió ella—. Iba a prepararme algo para almorzar. ¿Ha almorzado?

—Todavía no, pero tengo un invitado en mi lancha que me está esperando, de modo que no puedo aceptar tu invitación... ¿O no era una invitación?

—¡Claro que lo era!

—Gracias, cachonda. Bueno, estoy buscando a Willy, pero no consigo dar con él, y pensé que podía estar aquí gozando de tus encantos.

—No, no está. ¿Ha hecho algo malo?

—Aunque hubiese hecho algo malo, Annabelle, ya no soy policía,

de modo que a mí, plim, ¿comprendes? Lo busco porque tengo algunas preguntas que hacerle. En plan de amigo.

—Sí, claro... Sé que Willy le estima mucho a usted. Siempre dice que es él tío más coj... Quiero decir...

—Querías decir cojonudo —rió Charlie—. Gracias a los dos. Bueno, me estoy volviendo loco buscando a Willy. ¿Dónde crees que podría encontrarle?

—Pues no lo sé, de verdad. Hace... tres días que no le veo. Y me extraña, porque es un caliente, y cómo sabe que él es mi capricho tonto de la vida, cada día se deja caer por aquí... ¡Espero que no le haya ocurrido nada malo!

—¿A Willy? Bueno, a ése lo muerde un tiburón y se envenena. ¿Tres días sin verlo? Esto es raro, ¿eh?

—Si —parpadeó Annabelle—. Sí que lo es, sí.

—¿No te dijo si iba a, estar fuera de Miami, o algo así?

—No.

—Bueno, quizá te dijo que tenía algún compromiso con alguien... ¿Eh?

—No, no. Nada de nada. ¿Y quiere creer, Charlie, que lo empiezo a echar de menos?

—¿Y eso?

—Hombre, pues... Vaya, Willy es esmirriado, pero no en todo, y además, tiene una gracia para... animarla a una... No sé si me explico.

—Ya lo creo que sí. Tendré que pedirle a Willy que me dé unas cuantas lecciones de eso. ¿Y sus amigos? Quizá estos días esté haciendo algo especial con ellos: ¿Con quién lo viste la última vez?

—La última vez... Sí, creo que fue con Rendall. Oh, y con ese hijo puta de Anker Tester. Es un cerdo.

—Pues va listo: hijo de una cerda puta.

Annabelle se echó a reír. Tenía casi cuarenta años, pero todavía podía arreglárselas para dejar más que contento a cualquier sujeto no demasiado exquisito.

—¡Tiene usted unas cosas, Charlie...!

—Las tuyas son mejores —aseguró Charlie, señalando el escote—. ¿De modo que Rendall y Tester? Bueno, si los viste con Willy es porque ellos fueron al Weekend con él, ¿no es así? ¿O ya no operas en el Weekend?

—Sí, sí, sigo allí. Dicen que más vale malo conocido que bueno por conocer, y una tiene su clientela.

—Me alegro por ti. Y por los clientes: ¡seguro que lo pasan de maravilla!

—El día que quiera probar... Gratis, desde luego.

—No quiero hacerle la competencia a Willy. Además, temo quedar en ridículo, comparado con esa fiera. Annabelle, ellos tres estuvieron por el Weekend, pero hace tres días que Willy no va por allí. ¿Los otros dos sí van?

—No —frunció el ceño Annabelle—. No, ninguno de ellos.

—Bueno, quizá vayan a otro sitio. ¿Dónde crees que podría encontrar a Tester o a Rendall?

—No sé. Willy se daba unas vueltas casi siempre por otros sitios: Flamingo, Botafoque, Click-clack, The Star... Ya sabe que él siempre va de un lado a otro metiendo las narices en todas partes.

—Sí, lo sé bien. Supongo que no sabes dónde vive ninguno de esos tipos. Quiero decir, que hasta la tarde, en que salen de sus madrigueras, no será fácil encontrarlos.

—Yo no sabría, desde luego. Willy, sí.

—Pero precisamente, estoy buscando a Willy, jamona. Bueno, has sido muy simpática, de veras. Y muy generosa.

—Se supone que para eso están los amigos, Charlie.

—Sí —murmuró éste—, has dicho bien: se supone. Adiós, Annabelle. Y gracias por todo.

Ya en la calle, Charlie Brook filosofó sobre las palabras de Annabelle. Para eso están los amigos. Bueno, al parecer éste era un concepto que una puta tenía más claro en su mente que personas de las llamadas honradas. Ella le consideraba un amigo, de modo que le había ofrecido todo lo que tenía: sus informes, su apartamento, su comida y su cuerpo. ¿Quién da más?

Él no iba a ser menos que Annabelle, así que seguiría cuidando de Willy. Luego Dios diría. Aunque, de todos modos, Charlie tenía un problema moral: era evidente que Willy había participado en el robo de los diamantes, y por tanto, no menos evidente que él, siempre un ciudadano honrado, debía denunciarlo.

¿O no? A fin de cuentas, el mundo no se iba a resquebrajar porque también él, aunque sólo fuese una vez, hiciera como los demás, es decir, no lo justo y honrado, sino lo que le convenía.

Mientras almorzaba en su lancha un par de bocadillos, estuvo mirando a Willy, que continuaba igual, pálido e inmóvil. Demonio de Willy: ¿Cuándo iba a poder decir algo?

—Bueno —dijo en voz alta Charlie, moviendo la cabeza—, bastante haces con continuar vivo, tío golfo.

Cuando terminó de almorzar, tenía ya bien pensado lo que iba a hacer en las próximas horas.

Lo primero, ir a visitar a Pearl al estudio fotográfico.

—Que no —repitió una vez más Pearl Diamond—. Por favor,

Dexter, no insistas, ya te lo he dicho mil veces: no quiero posar desnuda para ninguna revista.

—Eres tonta —insistió Dexter—. Con ese cuerpo, en poco tiempo te hinchabas a ingresar dólares. ¡Y hasta puede que te llegase alguna oferta para hacer cine!

—¿Por qué hemos de engañarnos? —rechazó Pearl—. Soy una buena modelo publicitaria, pero de eso a ser actriz hay mucho trecho. Y además, soy de las que escarmientan en cabeza ajena.

—¿Qué quieres decir? No, no, un poco más hacia la derecha... Eso es. Media docena más, y terminamos por hoy.

—¡Eso sí que me gusta! ¡Estoy tan cansada de hacer posturitas...! Me duelen todos los huesos.

—Ya será menos. —Dexter disparó un par más de fotografías—. ¿Qué has querido decir?

—He querido decir que no tengo la menor intención de permitir que se acueste conmigo medio mundo. Mira, no quiero dudar de tus buenas intenciones, Dexter, pero sé lo que pasa: primero las fotos desnuda, luego proposiciones que nunca se cumplen, pero que te van llevando cama tras cama... Y finalmente, te dicen que muchas gracias, pero que no eres fotogénica o algo así.

—Tú eres fotogénica.

—Pero no soy actriz. Y aunque lo fuese, ¿qué? ¡Las hay a miles! No, gracias, estoy bien así.

Dexter pensó que sí, que estaba bien así: cubierta solamente por un sujetador rojo y unas braguitas del mismo color: publicidad de prendas interiores. Si todas las negras del país no compraban aquel modelo de ropa interior al verlo en Pearl Diamond sólo demostrarían que eran tontas. Claro que no todas las negras eran como Pearl Diamond, pero algo ganarían.

El fotógrafo tiró unas cuantas fotografías más, y suspiró.

—Bueno, esto ya está, por hoy. Recuerda que mañana tienes lo del perfume Remember.

—Sí, hombre. ¿Puedo ya vestirme y marcharme?

Dexter se le acercó, sonriente.

—Sí, pero sería mejor que te desnudaras y te quedaras..., Pearl; eres divina.

Y diciendo esto, el fotógrafo puso una mano sobre un seno de Pearl, prácticamente desnudo con aquel sujetador etéreo, semitransparente. La respuesta de la muchacha fue fulminante, rapidísima: su mano derecha impactó en la mejilla izquierda de Dexter, sonoramente, y con tal fuerza que el fotógrafo estuvo a punto de caer sentado. Fue un guantazo tremendo, sensacional, que provocó

lágrimas en los ojos de Dexter.

—Al mismo precio, puedes tocarme el otro, si quieres —dijo Pearl.

Dexter soltó un bufido, y se llevó la mano a la mejilla. La negrita sonrió, y salió del estudio hacia el vestíbulo, para ir hacia el vestuario, poniéndose una bata... Se quedó clavada al suelo.

—¡Charlie! —exclamó.

—Hola, negra —le sonrió Charlie Brook, dejando de mirar unas grandes fotografías, pero señalándolas—. Eres la mejor de todas, te lo he dicho mil veces. ¿No podría yo tener una de estas fotografías tipo póster en mi lancha?

—Dexter no quiere desprenderse de ninguna de ellas. Pero podemos encargarnos una ampliación, si tanto lo deseas —la muchacha se acercó, y le besó suavemente en los labios—. ¿Has decidido que podemos seguir viéndonos?

—Me moriría si dejase de verte —murmuró Charlie.

—O sea, que has venido a buscarme.

—Te necesito. No puedo dejar solo a Willy en la lancha... y el caso es que tengo que ausentarme algunas horas.

—Oh.

—No lo tomes...

—Oye, Pearl —apareció Dexter—, respecto a...

Se calló, y se quedó mirando a la pareja, que todavía estaban abrazados. Charlie lo miró de arriba abajo. Luego se fijó en la mejilla de Dexter, en la que destacaba la huella nítida del tremendo tortazo recibido.

—¿Sí, Dexter? —inquirió Pearl.

—No... Nada. Sólo quería despedirme.

La negrita soltó una carcajada, se desprendió de las manos de Charlie en su cintura, y desapareció hacia los vestuarios. Dexter comenzó a murmurar algo, dio la vuelta, y se dispuso a regresar al estudio.

—Venga usted acá, pollo —dijo Charlie—. Tengo algo muy serio que comentar con usted.

—Es que tengo..., tengo trabajo ahí dentro...

—Pero si será sólo cuestión de unos segundos, hombre. —Charlie lo asió de un brazo, se acercó al banco adosado a la pared, se sentó, y sentó a Dexter en sus rodillas; el, hombre estaba demudado—. ¿Se imagina de qué quiero hablarle? Vaya, ¿qué le ha pasado en la cara de chico guapo?

—Es que me... Bueno, es una... O sea...

—Un sarpullido —sugirió Charlie.

—Sí. ¡Sí, eso es!

—Un curioso sarpullido en forma de mano. ¡Qué gracioso!

—Sí... ¡Je, je!

—Je, je. Quieto, hombre. ¿Es que no está bien sentado en mis rodillas? Mire, estaba yo mirando estas fotografías, especialmente las de Pearl, y me dije: «Hombre, Charlie, estas fotografías son sensacionales; te quedarían estupendas en tu hogar». Así que me pregunto si habría algún medio de conseguirlas.

—Bueno, es que...

—Recuerdo que una vez, yo, de un tortazo, le partí la mandíbula a un sujeto, y se le puso el ojo como un tomate. Luego me arrepentí, pero el mal ya estaba hecho. Oh, pero no hablemos de las cosas feas, sino de las cosas bonitas. De esas fotografías; ¿realmente no podría desprenderse de ellas? ¡Apreciaría mucho que me las regalase! Lo que no tendría nada de extraño entre buenos amigos como somos nosotros. ¿O no somos buenos amigos?

—Sí, sí, ya lo creo.

—Magnífico. Sí, somos buenos amigos, porque de otro modo no le tendría sentado en mis rodillas. En fin, que puedo quedarme las fotos, ¿no es así?

—Pues... Sí, sí, de acuerdo...

—Gracias, hermoso. ¿Sabe cómo lo llamaría a esto la poli?

—No... ¿Cómo?

—Coacción física. Porque está claro que si me lío a guantazos con usted no encuentran luego ni sus zapatos. ¿Verdad? Espero que se haya percatado de la peculiaridad asombrosa de mi musculatura.

—Pues si... Sí me he percatado.

—Bueno, bueno, bueno. —Charlie dio una palmada en una rodilla del fotógrafo—. Gracias por las fotos, querido. Y como yo doy siempre algo por algo, le voy a dar algo a usted: un consejo. Y de los buenos: Si tan sólo llego a sospechar que le ha vuelto a salir un sarpullido como el de ahora, usted y yo vamos a hacer ejercicios gimnásticos. Ya ve: pagaría las fotos con lecciones de gimnasia. No sé si me he explicado.

—Sí, señor... Sí.

—Estupendo. Bueno. —Charlie frunció el ceño—, y me pregunto yo: ¿qué demonios, hace usted sentado en mis rodillas?

—Nada... ¡Nada!

—Ah, menos mal. Vaya, vaya a hacer su trabajo, por mí no se perjudique en sus intereses. El dios dólar es sagrado.

—Sí... Bueno, adiós.

—Adiós, hombre. Y cuídese ese sarpullido.

Cuando Pearl reapareció en el vestíbulo, ya lista para marchar,

encontró a Charlie descolgando la última fotografía. Se quedó mirándolo mientras la unía a las demás, y parpadeó cuando él la miró sonriente.

—Entonces, ¿qué? ¿Me cuidas a Willy unas horas, negra?

—Charlie, no has debido hacer eso... Dexter se va a molestar mucho.

—¿El pimpollo? No, mujer. ¡Si me las ha regalado él mismo! Es un tipo muy amable. Me interesé por el sarpullido de su cara, le dije que eso se curaba a tortazos, y como pago del consejo me regaló tus fotografías gigantes. Negra, ¿por qué cada día me pareces más y más preciosa?

—Quizá lo soy —rió Pearl.

—Sí, pero... ¿cada día más? ¡Eso no es corriente! Yo diría que ni siquiera es normal.

Se acercó a ella, la besó en los labios, le pasó un brazo por los hombros, y la encaminó hacia la puerta.

* * *

Miró hacia la puerta cuando el propietario del Flamingo señaló hacia allá con la barbilla, conforme a lo convenido. Luego Charlie agradeció con un gesto la información, y se quedó mirando al hombre que acababa de entrar en el local. El Flamingo tenía ciertas pretensiones, sobre todo en lo que a chicas se refería: nada de prostitutas zafias o groseras. Para poder alternar allí se exigía un mínimo de clase... La clase que se podía comprar por cincuenta o setenta y cinco dólares. Aunque, eso sí, ¡jojo!, las chicas sólo iban allí a tomar un refresco, ¿estamos? Si hacían alguna amistad, era cosa de ellas. ¿Acaso está prohibido en Estados Unidos hacer amistades? Pues eso.

El sujeto que le habían señalado a Charlie era de mediana estatura, pero robusto, de hombros amplios y sólidos. Resultaba bastante atractivo, incluso con su traje vulgar, barato. Pero eso sí, llevaba corbata.

Se dirigió directo a una de las chicas clientas del Flamingo, y se inclinó a decirle algo. Ella movió negativamente la cabeza. El sujeto frunció el ceño. Parecía un tanto malhumorado. Le dijo algo más a la prostituta, y luego se fue a un extremo del mostrador, donde pidió *whisky*, según dedujo Charlie por el movimiento de sus labios. Esperó a que le sirviesen el *whisky*. Luego se puso en pie, tomó su vaso de sobre la mesa, y fue a colocarse junto al sujeto.

—Hola, ¿qué tal? —saludó.

El hombre lo miró, y masculló algo. Charlie bebió un sorbito de *whisky*, y sonrió.

—Hace tiempo que no vengo por aquí, de modo que no te conozco —insistió—. No debe hacer mucho que orinas en Miami, ¿en? ¿Cómo te llamas?

El otro lo miró hoscamente.

—Déjeme en paz —gruñó.

Charlie movió la cabeza.

—No creas que soy un homosexual intentando ligarte, hombre —deslizo amablemente—. A mí me gustan las tías.

—Pues ahí tiene un montón.

—Me he encaprichado de ti..., pero en plan fino, desde luego.

—¡Oiga, váyase a la...!

—¡Ssst! No seas grosero, hombre. Vamos a ver; ¿tú eres Tester o Rendall?

El hombre lo miró con cierta expresión de alarma.

—¿Qué es lo que quiere usted? ¿Es policía?

—A eso le llamo yo fantasía... ¿Tengo cara de policía?

Tras vacilar, el otro masculló:

—Bien mirado, sí.

—Tendré que usar otro jabón, para borrarle la marca. ¿Tester o Rendall?

—Tester.

—Vale. Anker Tester. Bueno, amigo Anker, ¿qué tal si salimos a charlar un poco tranquilamente? O mejor aún, vamos a un reservado, ¿de acuerdo?

—No tengo nada que hablar con la policía.

—No soy policía. Palabra de honor. Pero conozco muy bien el número del Departamento..., y aquí hay un teléfono. ¿Los llamo?

Anker Tester se pasó la lengua por los labios. Luego, apuró su *whisky* de un trago, dio la vuelta, y se dirigió hacia la puerta del fondo. Charlie fue tras él, apenas a dos pasos. Abandonaron el local y caminaron por el pasillo. Tester entró por la primera puerta que vio abierta. Charlie entró en el reservado tras el otro, cerró la puerta tras encender la luz, y lo miró fríamente.

—Vamos a hablar de diamantes, Anker...

Tester lanzó una exclamación, metió la mano derecha en el bolsillo del pantalón, y sacó una navaja, cuya hoja salió con un chasquido... Fue justo entonces cuando recibió la bofetada, en plena boca. Una bofetada escalofriante, que lo tiró al fondo del reservado por encima del pequeño sofá, que quedó manchado de sangre. Cuando Anker Tester terminó de ponerse en pie, Charlie estaba de nuevo ante él. Lo

asíó por la corbata, lo atrajo, y le hundió el puño derecho en el estómago, en un corto espantoso. Anker Tester se encogió, desorbitó los ojos, y quedó colgando de la mano de Charlie, el cual fue a sentarlo en el sofá.

Luego acercó una silla, se sentó, y encendió un cigarrillo.

Quizá fue el humo lo que despejó a Tester. Abrió los ojos con varios parpadeos, y se quedó mirando mortecinamente a Charlie. De repente, se sentó más erguido, lanzando una exclamación..., y acto seguido se llevó la mano a la boca.

—Te convidaría a fumar —dijo Charlie—, pero tal como tienes la boca no me parece aconsejable que lo hagas. ¿Te duele, ángel mío?

Tester barbotó una maldición, y sacó el pañuelo, con el que procedió cuidadosamente a limpiar y contener la sangre.

—Como decíamos, vamos a hablar de diamantes —deslizó Charlie—... Estoy seguro de que el tema te interesa. Y si continuas intentando dártelas de listo conmigo, te permito hacer una llamada telefónica. A una empresa de pompas fúnebres, encargando un ataúd de tu gusto. Tester: no estoy bromeando.

—¿Qué coño quiere usted?

—No, de eso ando servido. Lo que quiero es saber algunas cosas. Por ejemplo: dónde están los otros cuatro y quiénes son. Mejor dicho, los otros tres, porque a Willy lo quitasteis de en medio.

—¿Ha muerto...?

Fue una exclamación, que no pudo contener Tester. Luego se quedó mirando hoscamente a Charlie, que sonrió gélidamente.

—Sí, el pobre Willy ha muerto, Anker. Pero antes tuvo tiempo de mencionarme dos nombres: el tuyo y el de Rendall. Los otros dos nombres no pude entenderlos. Pero los entenderé si tú me los dices, ya que al no estar moribundo, podrás hablar claro. ¿Y bien?

—¿Tiene usted... los..., los...?

—Tengo los diamantes —asintió Charlie—, de modo que quiero saber quiénes sois vosotros para ver si llegamos a un acuerdo. Escucha, Anker, soy un tipo, con muy mala leche, Willy era mi amigo, y además estoy sin un centavo. Si comprendes todo esto llegarás a la conclusión de que te conviene no excitarme. Así que hablemos: el golpe lo disteis tú, Willy..., ¿y quién más? Nombres completos, Anker.

—Bueno... Sí, fuimos nosotros, James Rendall, Maxwell Parrot y Venton Sandlars.

—De acuerdo. ¿Quién disparó contra Willy?

—Nosotros —gruñó Anker—; ¡el muy hijoputa se largó con todos los diamantes!

—¿Hijoputa? Te diré una cosa: Willy era un golfo, pero no un

hijoputa. En cambio, me han asegurado que tú sí lo eres, además de un cerdo. Tranquilo, no es una opinión personal mía, hombre. Vamos a ver: ¿por qué se largó Willy con los diamantes?

—¡Vaya pregunta imbécil! —Gruñó Tester—. ¡Porque lo quiso todo para él, naturalmente!

—Ah. ¿Teníais ya comprador, quizá? ¿O sólo lo conocía Willy y por eso se las dio de vivo?

—Bueno... No sé.

Charlie entornó los párpados. Luego cerró el puño, y con los nudillos golpeó en lo alto de la cabeza de Tester, diciendo:

—Toc, toc, toc, ¿se puede? A ver si abres las puertas de la inteligencia en tu melón, Anker. Sólo quiero respuestas, no evasivas ni mentiras. Y si no las obtengo, voy a enfadarme seriamente. De modo que repito: ¿teníais ya comprador y lo conocíais todos, o sólo lo conocía Willy?

—La conocíamos todos.

—¿Una mujer?

—Sí.

—¿Negra o blanca? —murmuró Charlie.

—¿En...? Blanca... ¡Horrible, blanca!

—Ya. ¿Quién es y dónde está?

—Se llama Lucy Bates, y está en el Rock Sea, en Miami Beach.

—Otro hotel de lujo... Claro. ¿Ella sigue allí esperando los diamantes?

—Sí.

—Muy bien. Creo que estás siendo sincero, Anker, y, sinceridad por sinceridad, voy a decirte lo que pienso: no puedo creer que unos tipos como vosotros hayáis sido capaces de eso. De modo que..., ¿cuál es el truco, cuál es el juego? ¿Quién tuvo la idea, y cómo?

—La tuvo ella.

—¿Ella? ¿Quién?

—Lucy Bates.

—¿La misma compradora?

—Sí.

—Vamos a ver si lo entiendo... Esa mujer llamada Lucy Bates hizo contacto con vosotros, os contrató para que robaseis los diamantes, y os dijo que ella misma se los quedaría... ¿Correcto?

—Sí.

—¿La conocíais de algo antes de eso?

—No. Dijo que había estado buscando por aquí, que había oído algunas cosas, y que finalmente me seleccionó a mí. Luego dijo que harían falta más, así que yo reuní a los demás.

—Y ella planeó el robo.

—Sí. Temamos que robar los diamantes, entregárselos, y a cambio de ellos, nos daría cincuenta mil dólares, o sea, diez mil a cada uno.

—Diez mil cochinos dólares por cabeza. Sí, eso ya encaja más con tipos como vosotros. Lo que no entiendo es que aceptaseis tanto riesgo por sólo diez mil dólares.

—No había riesgos. Ella dijo que todo sería muy fácil, nos dijo cómo teníamos que sorprender al personal de vigilancia, y que la alarma no sonaría. Y nos facilitó las pistolas y las granadas de lacrimógenos. La verdad es que fue muy fácil.

—Pudo haberse complicado, ¿no?

—Ella aseguró que no. De todos modos, no teníamos que matar a nadie, esto era terminante. Todo lo más, herir en las piernas. Pero sólo en último extremo..., que no hizo falta, porque ella lo preparó todo muy bien.

—¿Y cómo pudo hacerlo?

—No lo sé.

—¿Qué pensaba hacer ella con los diamantes?

—¿Cómo quiere que sepa eso? Supongo que tendría el medio de colocarlos en algún sitio..., desde luego por más de cincuenta mil dólares. Lo de siempre: unos se juegan el pellejo por cuatro centavos, y otros ganan dinero a espuestas sin mover el culo.

—En eso tienes razón. ¿Dónde están las pistolas? ¿Cómo es que no llevas la tuya encima?

—No me gusta complicarme la vida sin necesidad. Las tenemos escondidas.

—Ésa es una buena idea. Bueno, Anker, voy a exponerte la situación de modo que tengas las cosas bien claras en tu melón. Tal como está la situación, puedes hacer dos cosas. Una: ir a buscar a los otros tres, reuniros los cuatro en el apartamento de Willy, y esperarme allí quietecitos hasta yo os avise. Dos: tomarte a mal esta entrevista y en cuanto te deje solo comenzar a complicar las cosas, en cuyo caso te garantizo que tendréis motivos para arrepentiros amargamente. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—¿Y...?

—Hablaré con los demás.

—Convénceles para que me esperéis en el apartamento de Willy, dónde no os costará nada entrar, Y mientras vosotros esperáis, yo veré de arreglar las cosas a gusto de todos. Anker, no quiero tiroteos, ni navajazos, ni jaleos de ninguna clase. Todo lo que tienes que hacer es obedecer. Y nada de llamadas telefónicas a esa mujer del Rock Sea,

¿estamos?

—¿Y qué vamos a ganar obedeciéndole a usted?

—¿Alguna vez os habló Willy de Charlie Brook?

Anker Tester respingó.

—¡Es usted! —Casi gritó.

—Sí. Te dejo pagado un *whisky* en el mostrador. —Charlie sonrió amablemente—; por los golpes. No te los tomes a mal, ¿eh? Te aseguro que puedo hacer cosas mucho peores que soltar un par de guantazos. Qué te mejores, Anker.

—¿Cuándo se pondrá en contacto con nosotros?

—Deja que la vida siga su curso.

CAPÍTULO V

La vida es hermosa, realmente. Al menos, para algunos. Por ejemplo, para Lucy Bates.

Estaba sentada ante una mesita en la terraza del Rock Sea, uno de los más lujosos hoteles de Miami Beach, en Collins Avenue. La terraza estaba junto a la piscina, y desde ella, ¡cómo no!, se veía el mar.

Luces discretas y bien ambientadas, camareros silenciosos, gente selecta... Sí, señor, la vida es hermosa.

Lucy Bates también era hermosa. Debía tener unos treinta años absolutamente espléndidos. Era rubia, de ojos castaños. Llevaba un precioso vestido de cóctel, y, para justificarlo, estaba tomando, con toda lógica, un cóctel... Vista desde la salida a la terraza, era un auténtico regalo para la vista. Un bombón. Una muñeca.

Charlie, que se había afeitado y puesto una camisa y una chaqueta limpias, despidió con un gesto al camarero que le había guiado hasta allí y le había señalado a Lucy Bates. Todavía estuvo unos segundos mirándola. Luego buscó con la mirada a uno de los camareros de la terraza, le hizo una seña, y cuando el hombre se le acercó le murmuró unas palabras y señaló la mesa de Lucy Bates.

Segundos más tarde, Lucy Bates miraba sorprendida al sujeto que acababa de sentarse frente a ella, con toda tranquilidad y naturalidad. Lo valoró de un vistazo, así que su protesta se redujo a alzar las cejas.

—¿Está la silla ocupada, quizá? —preguntó Charlie.

—La silla, no, pero la mesa sí. Hay otras libres.

—Me entristece la soledad. ¿A usted no?

—A veces. Pero no en estos momentos.

—Entiendo. Bueno, puedo sentarme a otra, mesa, desde luego. Pero entonces, todos se enterarían de lo que hablásemos, señorita Bates.

Un destello pasó por los bellos ojos de la muchacha. Luego, parpadeó un par de veces.

—¿Me conoce? —susurró.

—Físicamente, acabo de tener ese placer hace un minuto, más o

menos. De oídas, ya hace algo más de una hora que es usted famosa en mi mente.

—¿Quién es usted?

—Llámeme Charles. ¿Le parece bien?

—¿Qué es lo que quiere?

—Una pequeña información. A cambio de la cual, señorita Bates, le estoy haciendo un grandísimo favor.

—¿Qué favor?

—Digamos que si Usted no está ya en la cárcel es porque yo no lo he deseado.

—¿Yo en la cárcel? ¡Usted está loco!

—Un poco, sí, lo admito. Estoy tan loco que dejé un buen empleo porque no me gustaba lo que allí veía y oía y sabía. Bueno, no era un empleo que me permitiese alojarme en un hotel como éste, pero tampoco estaba mal del todo. Incluso, hay que decirlo todo, había allí buena gente. Dejé buenos amigos... En fin, eso ya no volverá. ¿De qué hablábamos...? Ah, sí, de mi locura... Gracias —miró al camarero que acababa de depositar un vaso ante él—. Anótelos en la cuenta de la señorita, por favor.

El camarero, un poco sorprendido; miró a Lucy Bates, que asintió con un gesto. El hombre se retiró, y Charlie bebió un sorbo, observado atentamente por la muchacha.

—¿Sabe? —Mostró el vaso—; es un cóctel que tengo la pretensión de haber inventado yo. Y muy sencillo, además, champaña, martini y un chorrito de tequila. Soberbio. ¿Quiere uno?

—Ya estoy tomando un cóctel.

—Pero no tan bueno como éste, señorita Bates. Bueno, usted debe estar sobre ascuas, ¿verdad? Así que hablemos de esa información que usted puede proporcionarme. ¿Sobre qué base planeó usted el robo de los diamantes de la corona de Tamgonia?

Lucy Bates palideció, y miró a derecha e izquierda, con evidente sobresalto. Charlie sonrió.

—¿Ve cómo es mejor que me haya sentado a su mesa? Pero quizá no estoy lo bastante cerca, porque no he oído su respuesta.

—Usted..., usted está...

—Loco. Vale. No se lo discuto. Pero conteste a mi pregunta.

—No sé de qué me habla.

Charlie Brook se quedó mirando fija y amablemente a la muchacha. Bebió otro sorbo de cóctel, y movió la cabeza. Luego se puso en pie.

—Le enviaré cóctel de éste a la cárcel. Buenas tardes, señorita Bates.

—Espere... Espere un momento... ¡Por favor!

Charlie se sentó.

—Sentado y oyendo —dijo.

—Usted..., usted no es policía, ¿verdad?

—No. Si lo fuese no estaría intentando hacer tratos con usted. Yo no soy de éstos. Quiero decir, de esos policías. En cambio, como ciudadano particular, puedo hacer los tratos que me dé la gana.

—Creo..., creo que no deberíamos hablar aquí...

—¿Tiene un sitio mejor?

—Estoy en la habitación 308. ¿Le espero allí dentro de cinco minutos?

—Muy bien. Terminaré mi cóctel.

Cinco minutos más tarde, Charlie Brook llamaba a la puerta de la habitación 308, que se abrió en el acto. Charlie miró sorprendido a Lucy Bates, que se había cambiado de ropa. Llevaba ahora solamente un salto de cama que parecía de cristal. Ella captó la mirada de él, y sonrió mientras cerraba la puerta.

—Es que esta noche tengo que salir, y como de todos modos iba a cambiarme de vestido, he pensado que así estaría más fresca.

—Yo diría que va a pillar un resfriado, con esta refrigeración. Además, le estoy viendo los pechos, el ombligo, y la selva triangular.

—¿Y eso le molesta?

—Todo lo contrario. Soy un admirador de las artes plásticas.

—¿Le parece que yo soy de plástico? —rió Lucy Bates.

—No he querido decir exactamente eso —frunció el ceño Charlie—. En cuanto a si es de plástico o no, ¿cómo saberlo? Yo diría que es de carne, pero también dicen que comemos carne, y luego me he enterado de que es plástico tratado químicamente.

—Yo no estoy tratada químicamente, Charles. Puede convencerse a su gusto.

Charlie asintió, se acercó más a la muchacha, y, con toda parsimonia, procedió a quitarle el salto de cama, que tiró desdeñosamente a un lado. Luego la miró de arriba abajo, con gesto aprobativo, pareciendo algo perplejo ante el insólito tamaño de los pezones.

Alzó una mano, que quedó sobre los pechos de Lucy Bates, la cual sonrió cálidamente, invitadoramente. La mano de Charlie subió más, y, de pronto, enorme, poderosa, fuerte como una tenaza, se cerró en torno a la garganta de la muchacha, que abrió mucho los ojos.

—¿A quién has llamado por teléfono? —susurró.

—¿Qué...? ¡Yo no he...! ¡Me hace daño!

Intentó desprenderse de aquella mano, pero comprendió enseguida

que era imposible. Sólo conseguía lastimarse más.

Sus desorbitados ojos quedaron como prendidos en los ahora gélidos de Charlie.

—¿A quien? —insistió.

—No..., no he llamado a nadie... ¡A nadie!

—El día que una chica como tú pueda engañarme, Lucy, me corto las venas y me tiró de cabeza al mar. ¿A quién?

—A..., a un amigo...

—¿Qué amigo?

—Se..., se llama... Kato... Kato Atemo.

—Ah... Atemo, no Ameto. Kato Atemo. ¿El... profesor particular de la princesa Kokki Onoka?

—Sí... Sí.

—¿Qué le has dicho?

—Me..., me está lastimando...

—Tienes razón. Así que voy a agarrarte por otro sitio, y si no te mueves verás como no te duele —soltó su garganta, y la asió por el vello, bajando la mano—. ¿Te sientes mejor ahora?

Lucy Bates había enrojecido. No intentó moverse. Y parecía que no podía hablar.

—Tómatelo con calma. Esto es menos malo que lo que estabas dispuesta a hacer, o sea, entretenerme sexualmente mientras ese Kato Atemo viene hacia aquí o envía a alguien. ¿No es así? Gracias por la intención, pero estoy servido de sexo, así que te evitas obsequiarme con el tuyo. ¿Viene Kato Atemo?

—No... Él no. Creo..., creo que envía... a unos amigos...

—Muy clásico. Mira, Lucy, no quiero partirte la cara a ti ni a nadie. Eso me aburre. Prefiero una conversación inteligente. ¿No eres de mi opinión?

—Sí...

—Muy bien. ¿Por qué has avisado a ese amigo de la princesa Kokki? ¿Trabajas para él?

—¿En..., en qué?

—En el robo de los diamantes de la corona. Te diré lo que pienso: Kato Atemo planeó el robo de los diamantes, pero, a fin de no relacionarse directamente con gente... adecuada, te contrató a ti, que conoces Estados Unidos, y posiblemente la gentecilla de Miami. Él te expuso todo el plan, te dijo que todo sería muy fácil, pues dispondría la vigilancia de modo adecuado y además cortaría la alarma, y luego tú hablaste con Willy

O'Hara

, Maxwell Parrot, Anker Tester, James Rendall y Vernon Sandlars,

unos cuantos pájaros de cuenta. ¿Sí, Lucy?

—¿Cómo..., cómo sabe usted... todo eso?

—Luego tú les pagabas a esos desgraciados cincuenta mil dólares, te quedabas con los diamantes, y se los entregabas a Kato Atemo, a cambio de una comisión. Y él se quedaba con los diamantes que tanta falta hacen a su país. Así que ya tenemos en el mundo a otro maldito y asqueroso cerdo traidor, vendido y corrupto. ¡Maldita sea mi estampa! ¿Es que nunca podré librarme de ellos?

—¿Qué..., qué piensa hacer...?

—¿Tienes los cincuenta mil dólares?

—Sí, sí.

—Pues ya me los estás ciando.

—¡Pero...!

Un tirón hizo respingar a Lucy Bates, que acto seguido quedó muda y pálida. Charlie la soltó entonces.

—El dinero, nena. Y te supongo la suficiente inteligencia para no intentar bromear conmigo.

—Lo tengo en el armario...

—Muy bien. Vamos allá.

En esto no había mentido Lucy Bates. El dinero estaba dentro de armario, en una bolsa de papel. Charlie sacó los fajos de billetes viejos de cien, cincuenta y veinte dólares, asintió, y miró irónicamente a Lucy.

—No olvides pagar la cuenta del bar —dijo—. Y, ponte algo encima, no vayas a resfriarte.

* * *

—¡Qué calor hace aquí! —Gruñó Charlie, entrando en la vivienda de su lancha.

Pearl Diamond, sentada en la litera no ocupada por Willy, asintió con un gesto.

—Sí, pero me pareció qué si tu amigo se enfriaba podía perjudicarlo.

—Eres una perla —se acercó Charlie a besarla en la boca—. Y digo bien, una perla. Y un diamante. Oye, es curioso: Pearl Diamond, es decir, Perla Diamante. ¡Es un bonito nombre, ahora que pienso!

La muchacha se quedó mirándolo fijamente.

—De modo que te has enterado de que no es el mío verdadero, sino el que me puse para mi trabajo como modelo... ¡Eso es muy propio de un policía!

—Vamos, no te enfades. Para mí siempre serás mi perla negra.

—¿Has estado fisgando en mi vida!

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué tiene de malo llamarse Susan Benton en vez de Pearl Diamond?

—Oh, Charlie... ¡Nunca te perdonaré esto!

—Vamos, Pearl, no seas tonta —él se sentó a su lado, la abrazó por la cintura, y la atrajo; la besó en una orejita—. Los nombres no significan nada, son sólo sonidos distintivos.

—¡Pero me has investigado!

—¿Acaso tú no has hecho lo mismo conmigo?

—¿Yo? —Se pasmó Pearl—. ¡Claro que no!

—O sea, que se te presenta un tipo, te dice qué está loco por ti, y ¡hala, a acostarse con él! ¿No comprendes que podría haber sido un criminal, un gángster, un..., un mierda cualquiera?

—En primer lugar —se encrespó Pearl—, yo puedo acostarme con quien me dé la gana. Y en segundo lugar, no eras un tipo cualquiera, sino tú, Charlie Brook.

—Pero cuando me conociste yo era un tipo cualquiera para ti, ¿no?

—No, señor, porque en cuanto te vi... ¡No quiero hablar contigo!

—Mejor: así no acabarás de matar a Willy con los tímpanos reventados. Oye, éste, granuja está mejor, ¿no te parece? Seguro que sale del apuro. ¡Vaya resistencia!, Y hablando de resistencias, precisamente Annabelle me dijo... Vamos a dejar eso, porque quizá me abandonarías para irte con; Willy.

—¿Quién es Annabelle y qué dijo?

—Te lo explicaré otro día. ¡Demonio de Willy...! Dentro de cuatro días ya le veo, contentando otra vez a Annabelle... Bueno, vamos a dejar el tema.

—¿Qué traes en esa bolsa? ¿Comida?

—No. Cincuenta mil dólares.

Pearl se lo quedó mirando; y sonrió. Luego movió la cabeza, como diciendo «¡jeste Charlie!», pero quedó inmóvil cuando de pronto vació la bolsa junto a ella, sobre la litera. La muchacha pudo por fin reaccionar, mirando a Charlie pasmada.

—Todavía no son realmente nuestros —dijo Charlie—. Pero de momento, están en buenas manos. Y otra cosa... Mucho me temo que algunos tipos bestias se hayan tomado mal mis iniciativas, y se dediquen a buscarme para quitarme los diamantes.

—¿Qué diamantes?

—Los de la corona de Tamgonia. Como decía, si esos tipos me buscan, surgirán complicaciones, porque además de encontrarme a mí encontrarían aquí a Willy, así que he pensado trasladarlo a tu casa esta noche, aprovechando que me parece que ya podemos moverlo un

poco y con el debido cuidado... ¿Qué te pasa?

—¿Qué diamantes?

—Ah, eso... Los de la corona de Tamgonia. ¿Aceptas dar hospitalidad a mi amigo Willy en tu casita encantadora?

—¡Los diamantes de la corona que...! ¿Los tienes tú?

—Mujer, claro. ¿Quién, si no?

—Pe..., pe..., pero..., pero...

—Bueno, tranquilízate. Puedo dedicar unos minutos a explicártelo todo, y luego tendrás que ayudarme. ¿De acuerdo?

Charlie explicó a Pearl todo lo relacionado con el robo de los diamantes. Cuando terminó, la muchacha estaba estupefacta..., y aterrada.

—¡Pero, Charlie, te van a buscar; o pueden decirle a la policía...!

—No te preocupes ni por mi pellejo ni por la policía... Lo que tienes que hacer es ayudarme. ¿Quieres hacerlo, Pearl?

—Sí... ¡Claro que sí! ¿Qué tengo que hacer?

—Bueno, iría yo o telefonearía, pero mucho me temo que mi presencia en el Crystal Palace complicaría más las cosas, y, en cuanto a llamar sabiendo ahora que esa princesa está rodeada de traidores y ladrones, me parece que tampoco es una buena idea. Eso sin contar con que la policía puede haber colocado micrófonos por si ella recibe alguna llamada de los ladrones, o de alguien relacionado con el asunto... Sé muy bien cómo operan. En cuánto a ti, pues —sonrió— cómo eres negra, a nadie le sorprenderá que te acerques a la princesa Kokki. Luego te vas a tu casa, y me esperas allí, pues más tarde iré a llevar a Willy. ¿De acuerdo?

—Sí, sí... ¿Qué le digo a la princesa?

—Le darás una contraseña, para que...

—¿Qué contraseña?

—Huevos fritos —masculló Charlie—. ¡Y no me interrumpas a cada momento!

—No, Charlie. ¿Qué más le digo?

—Le dices, lo más discretamente posible, acuda a... ¡Un momento! No vayas a decirle con quién ha de verse, sino sólo que se trata de una persona amiga que puede devolverle los diamantes. Esa persona amiga le dirá la contraseña.

—Sí, Charlie...

—Bueno, pues entonces le dices qué la espero en...

CAPÍTULO VI

Kokki Onoka llegó a pie al punto convenido, en la parte izquierda de Collins Canal en su cruce con Bay Road. Era ya de noche, y para cualquier viandante, se trataba sólo de una muchacha negra que pasaba por allí. Nadie tenía por qué sorprenderse de que llevase un pañuelo en la cabeza ni darle importancia al hecho de los lados de ese pañuelo ocultasen parcialmente, como al descuido, su rostro. Por otra parte, Kokki sabía que no era tan importante, de ninguna manera, como para que pudiese ser reconocida fácilmente, y...

—Buenas noches, princesa.

Kokki respiró, y se volvió hacia el hombre que la había saludado. Quedó un instante atónita, y luego exclamó:

—¡Señor Livingstone! ¿Qué hace usted aquí?

—He venido a invitarla a huevos fritos.

—¡Oh! ¿Es usted...?

—Venga, daremos un paseo en lancha.

—Pero...

—Vamos, ¿qué teme? ¿Que la secuestre? ¡Me echaría encima a todo el FBI, lo que no me hace ninguna gracia! —La tomó del brazo y caminaron por el borde del canal, hacia donde Charlie había dejado amarrada su lancha—: Y tampoco me hace gracia discutir con cretinos, así que he preferido no ver a Cara de Palangana. ¿Todavía sigue por allí?

—¿Quién?

—El sargento Niklaus.

—Ah, sí, todavía sigue dando vueltas por el hotel.

—Es todo un lince. Ahí está mi lancha.

—Señor Livingstone... ¿O Brook? —Brook. Charlie para los amigos.

—Charlie, ¿tiene usted los diamantes?

—Sí.

—Pero... ¿dónde? ¡No puedo creerlo!

—Están en lugar seguro. Ya hemos llegado. Permítame ayudarla...

Así. ¡Qué carnes tan finas y prietas tiene usted, princesa!

—Escuche, Charlie...

—Ssst. Zarparemos enseguida. Y luego la dejaré delante mismo de su hotel, no se preocupe. Sólo se trata de dar un bonito paseo en lancha. ¿Por qué no me cuenta cosas de Tamgonia mientras navegamos?

Kokki Onoka estuvo unos segundos mirando fijamente a Charlie, que puso la lancha en marcha y navegó hacia la bahía Biscayne. Enfrente mismo tenía las luces de las Verietian Islands, paradisíaco lugar para privilegiados de la fortuna. Masaila, el resplandor de Miami, y tras ellos, y pronto, a su izquierda, la rutilante Miami Beach.

Mientras navegaban en dirección a la punta de la península donde se asienta Miami Beach, Kokki Onoka optó por complacer al extraordinario personaje llamado Charlie Brook, que de cuando en cuando hacía alguna pregunta para comprender mejor las cosas, de Tamgonia y su verdadera situación. Pasaron entre Fisher Island y la punta de la península, y la navegación prosiguió hacia el norte. Poco después, navegaban paralelamente a la hilera de luces de Collins Avenue. Charlie paró el motor, y señaló hacia el interior de la lancha.

Kokki Onoka se quedó mirando al yacente Willy

O'Hara

, sin reaccionar en modo alguno. Por fin, musitó:

—¿Está muerto?

—No. Y no entiendo por qué, ya que lo cazaron bien.

—¿Quién es?

—Es el hombre que me trajo sus diamantes, princesa.

—¿Va usted... a devolvérmelos?

—Todavía no. Antes, debemos asegurarnos de que Kato Atemo no podrá volver a las andadas. Y tampoco quisiera que él se enfadase con usted y, sabiendo que todo está perdido, quizá atentase contra su vida.

—Kato no haría eso jamás, Charlie. Goza de toda mi confianza.

—Sí, conozco esa clase de cuentos. Usted, en cambio, no parece conocer otros cuentos en los que más fieles aparentemente son los más traidores y canallas.

—Le aseguro que no tengo que temer nada de Kato.

—¿Incluso si yo le digo que fue él quien preparó el robo de los diamantes?

—No, no fue él.

—¡Je! Espere que le cuente lo que...

—Charlie, sé que no ha sido Kato.

—¿Cómo lo sabe? ¿Por qué está tan segura?

—Porque he sido yo quien lo ha preparado todo.

Charlie Brook quedó boquiabierto. Kokki sonrió.

—Supongo... que le he sorprendido.

—¿Sorprendido? —jadeó Charlie—. ¡Oh, no! Precisamente, es lo que me esperaba. Sí, precisamente yo estaba pensando: Charlie, ya verás como todo es obra de la princesita linda, hombre, o sea, que no ha pasado nada, todo va bien, todo tiene lógica... ¡Maldita sea mi estampa, sorprendido dice! ¡Me ha dejado patitieso!

—Lo comprendo, Charlie. Pero si fuese tan amable de escucharme unos minutos...

—Pues mire, en estos momentos precisamente no puedo, princesa, porque tengo que pelar unas cuantas patatas para hacer la cena.

—¿Qué? —Se pasmó ahora Kokki Onoka.

—¡Claro que la escucho! —barbotó Charlie.

Kokki reaccionó, sonriendo, y se sentó junto a Charlie en el borde de la litera. Al hacerlo, su mirada descubrió, en el casco de la lancha, por encima de Willy

O'Hara

, una enorme fotografía, que se curvaba siguiendo la forma de la embarcación.

—Es una mujer muy hermosa —murmuró—. Y muy inteligente.

Charlie miró la fotografía de Pearl Diamond, y asintió.

—Debe serlo, si la convenció a usted para esta entrevista —murmuró.

—¿Es su amiga?

—Es mi amante. —Charlie tocó la litera—, ¡la de cosas que podría contarle esta litera si pudiera hablar! Pero las literas no hablan, y las personas sí. De modo que me pregunto qué está usted esperando, princesa.

—Bien... Empezaremos por aclarar la situación de modo que no admita lugar a dudas, Charlie. He sido yo quien ha planeado el robo de los diamantes, y el buen Kato sólo ha hecho que ayudarme y obedecerme...

—El buen Kato, princesa, envió a unos cuantos de sus amigos al Rock Hotel en cuanto una muchacha llamada Lucy Bates le avisó. Y no creo que esos amigos de Kato fuesen a saludarme.

—Déjeme explicarlo todo, por favor. Cómo le decía, yo lo planeé todo, y Kato me ayudó fielmente. Pero la idea de robar los diamantes, me acompaña en este viaje, formando parte de mi séquito. Ese hombre es el coronel Nego Nobeko, del Servicio de Seguridad de mi país, y me acompaña como jefe de mi protección oficial. Cuando, en Tamgonia, Nego Nobeko se ofreció para dirigir personalmente a los hombres de mi séquito durante el viaje, su gesto fue muy apreciado por mi padre,

y naturalmente fue aceptado. Se suponía que estando Nego en el séquito y dirigiéndolo y organizándolo todo, tanto los diamantes como yo misma viajábamos seguros. Es... un hombre astuto y valiente, Charlie. Y traidor.

—¿Otro traidor? —masculló Charlie—. ¿Por qué?

—Nego Nobeko planeó el robo de los diamantes, pero no con fines parecidos a los míos, ni mucho menos: él los quería, robar para venderlos y tener dinero para provocar una revuelta en Tamgonia, y derrocar a mi padre, a fin de coronarse él como rey de mi país.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Kato oyó a Nego y a dos de sus hombres del Servicio de Seguridad planeándolo todo en Roma. Y naturalmente, Kato me lo contó todo. Entonces, yo concebí la idea de que, en efecto, los diamantes fuesen robados, pero no por Nego Nobeko, sino por mí misma.

—¿Con qué objeto?

—Interesante pregunta, Charlie. Y muy acertada. ¿Con qué objeto? Se lo explicaré con todo detalle... Hemos conversado sobre mi país mientras veníamos hacia aquí, y usted sabe ya que Tamgonia es un país al borde de la miseria. Sin embargo, cuando hace un par de años, mi padre, para remediar un poco la situación, habló de vender los diamantes de la corona, casi provocó una revolución; el pueblo, hambriento e inculto, se negó terminantemente a que la corona de Tamgonia fuese desmontada y convertida en objeto de comercio. Mi padre comprendió que si ignoraba los deseos del pueblo la masa podía lanzarse a cometer barbaridades, y desistió. De modo que nos encontramos con cinco millones de dólares en diamantes..., y con un pueblo famélico.

—Esto es absurdo —gruñó Charlie.

—Es más o menos lo que pasa en la India con las vacas: las vacas se comen las verduras de la India, pero los hindúes, en lugar de matar a las vacas y comérselas, y tener además verdura, dejan que las vacas engorden y ellos pasan hambre.

—Sí —sonrió ceñudamente Charlie—. Más o menos es lo mismo. Bueno, parece que no había modo de convencer a sus compatriotas de que vendiendo los diamantes podían remontar un poco la situación, ¿no es eso?

—¿Un poco? Mire, Charlie, cinco millones de dólares no es cantidad digna de ser mencionada para un país con un presupuesto como el de Estados Unidos, pero para mi país, y en estos momentos, cinco millones de dólares serían la salvación, el punto de partida hacia un pequeño progreso que nos llevaría a un lento pero adecuado

desarrollo económico.

—Ya. El caso es que yo tengo entendido que ustedes están viajando también a la búsqueda de ese préstamo. Y quizá en Washington podrían conseguirlo si...

—No, Charlie, no —negó Kokki—. No queremos préstamos, no queremos caer en la red del dólar prestado, una red que se iría haciendo más y más tupida cada día que pasase; no queremos caer en la trampa del capitalismo americano. ¡Nada de préstamos!

—Pero ustedes van diciendo...

—Nosotros vamos diciendo lo que nos conviene decir, pero no lo que nos conviene hacer. Nada de préstamos, nada de deudas, nada de aceptar sumisiones y futuras presiones. No, Charlie, no queremos préstamos. Pero después de que Kato me puso al corriente de los planes de Nego Nobeko se me ocurrió la idea: yo podía regresar a mi país con cinco millones de dólares. Bueno, la verdad es que solamente cuatro.

—¿Y el otro millón?

—Espere. Yo concebí el plan. Y era el siguiente: simulábamos que nos habían robado los diamantes, y que volvíamos a casa naturalmente tristes, anonadados. Pero, al menos, habríamos conseguido que un país generoso nos prestase cuatro millones de dólares. Un país cuyo nombre jamás mencionaríamos, por la sencilla razón de que no sería cierto. Los cuatro millones de dólares provendrían de la venta de los diamantes.

—¿A Lucy Bates?

—La señorita Bates es sólo una modesta empleada de un personaje riquísimo... cuyo nombre no pienso decirle, y que se encaprichó hace tiempo de los diamantes de la corona. Cuando me enteré en Roma de lo que tramaba Nego Nobeko, me puse en contacto con esa persona, y le pregunté si todavía le interesaban los diamantes, pero... en secreto. Dijo que sí. Entonces, se los vendí. Es decir, apalabramos la venta, y quedamos citados en determinada fecha en Suiza, donde él me daría el dinero y yo le entregaría los diamantes. Pero, a cambio de vendérselos, y como favor personal, él debía ayudarme. Le expliqué mi plan: en Miami, nos robarían los diamantes. Yo necesitaba ayuda, y él me proporcionó a Lucy Bates, una chica norteamericana empleada suya en negocios en este país. Y quedó así convenido: nos robaban los diamantes, los entregaban a Lucy Bates, ésta pagaba el... servicio, y se iba a Europa. Ah, por cierto, el nombre de Lucy Bates es falso, de modo que nunca la habrían encontrado.

—Fantástico —masculló Charlie—. O sea, que el pueblo de Tamgonia llora el robo de sus diamantes..., pero mientras tanto come

y empieza a recibir otros servicios como higiene, educación...

—Es usted realmente inteligente, Charlie, Nadie pierde nada, porque fíjese usted que hasta tuvimos cuidado de rescindir hace algo más de un mes la póliza de seguros, para no perjudicar a la compañía que los tenía asegurados. Nadie pierde nada, pero Tamgonia emprende una nueva era de prosperidad, salud y cultura. Modestamente, pero con paso firme, ya que no deberíamos nada a nadie, aunque el mundo creyese lo contrario.

—Usted sí que es inteligente —murmuró Charlie—. ¡Vaya si es usted inteligente, princesa!

—Gracias.

—No se merecen. Le voy a entregar ahora mismo los diamantes...

—¿Quiere hacerme un favor, Charlie? Otro, quiero decir.

—Los que usted quiera.

—Tírelos al mar. A un lugar donde jamás puedan ser hallados.

—¿El qué? ¿Los diamantes?

—Sí. Son falsos.

—Pero...

—Comprenderá usted qué no íbamos a arriesgarnos a que gente como la que contrató Lucy Bates llegase tan siquiera a tener en sus manos los diamantes auténticos. Los que tiene usted son falsos, un juego que teníamos secretamente hace tiempo. Los auténticos están en lugar seguro.

—¡Mi madre, qué jugada! —exclamó Charlie, riendo—. Todos siguiendo el juego con diamantes falsos...

—Pero tan bien imitados que hemos realizado con ellos exposiciones y nadie se ha enterado. Claro que ningún experto los ha visto de cerca.

—Claro... ¡Pitos, qué cerebro el suyo, princesa! Oiga, un momento... No, no, no... No pueden ser falsos. Escuche, esa chica, Lucy Bates, estaba dispuesta incluso a acostarse conmigo para conseguirlos, y a mí me parece...

—La señorita Bates hizo esa comedia, que habría llevado hasta su fin con usted, para recuperar los diamantes, y que nadie pudiese llegar a verlos y darse cuenta de que eran falsos. Por eso avisó a Kato, para que nuestros amigos fieles le quitaran a usted los diamantes, y nadie más pudiese verlos. En cuanto al sacrificio... sexual de la señorita Bates, no creo que lo fuese tanto. En primer lugar, la señorita Bates es una chica... muy decidida, y en segundo lugar. —Kokki Onoka sonrió —usted es un hombre muy atractivo, Charlie.

—Muy amable. Pero suponga que luego yo denuncio a Lucy Bates y a Kato a la policía.

—Oh, no —sonrió de nuevo Kokki—, usted no haría eso. Se habría metido en un buen lío, Charlie..., y no parece que esté en condiciones de hacerlo. ¡Tendría que haber escuchado al sargento Niklaus hablando de usted! Lo dejó listo para la basura. En realidad, y considerando que usted es una persona honrada, todo lo que podía hacer es lo que ha hecho: avisarme a mí. Lo que le agradezco sinceramente.

Charlie soltó un bufido.

—Está bien —masculló—. Me alegro de que todo se haya solucionado tan...

—No está solucionado —murmuró Kokki—... La parte económica, sí, claro, porque entiendo que usted acepta seguir el juego, y el mundo entero creará que nos han robado los diamantes, lo que nos permitirá a mi padre y a mí disponer de esos cuatro millones de dólares que cobraré pronto en Suiza. Pero no..., no todo está solucionado.

—¿Qué problema queda?

—Nego Nobeko. Cuando se convenza de que sus planes han fallado, y que no va a tener los diamantes, ni el prestigio que pueda conseguir volviendo con ellos a Tamgonia, o bien el dinero de su venta, se pondrá furioso. Tanto en un caso como en el otro; aprovecharía para iniciar su revolución. Y mucho me temo que, aunque vuelva sin los diamantes y sin dinero, no se detendrá. A Tamgonia le esperan tiempos difíciles, Charlie.

—¿Y todo por culpa de ese Nego Nobeko?

—Sí, por supuesto.

—Elimínenlo —dijo fríamente Charlie.

—¿Matarlo?

—Yo, una vez, maté un escorpión y no me quitó el sueño.

—Le entiendo. Pero no es tan fácil. Nego tiene partidarios aquí y en Tamgonia. Si estos partidarios de Tamgonia se enteran de que Nego ha sido... eliminado, la cosa no variará mucho.

—Pues realmente tienen ustedes un problema serio, princesa.

—Sí. Y no sé cómo vamos a resolverlo. De todos modos —la bella Kokki sonrió de nuevo a Charlie—, es un problema interno, en el que no queremos complicarle la vida a nadie no involucrado directamente.

—En ese caso, no hace falta que le ofrezca mi ayuda, ¿no es eso lo que ha querido decir?

—Sí. No queremos complicarle la vida a nadie. Y menos que a nadie, a usted, Charlie, que es persona... poco corriente. ¿Me permite decirle que siento por usted un... extraño y cálido afecto?

—No me diga que se ha enamorado de mí —sonrió Charlie.

Kokki Onoka se quedó mirándolo fijamente. Muy despacio, su

mano se posó en una mejilla de Charlie Brook, le hizo girar el rostro completamente hacia ella, y le besó en los labios, lenta, suave, dulcemente.

Luego, mirando al suelo, murmuró:

—Quisiera desembarcar ahora, por favor.

Minutos más tarde, varada la lancha en la arena de la playa, Charlie saltaba a ésta, y tendía los brazos hacia Kokki Onoka, que se deslizó en ellos y se abrazó al cuello del hombre. Charlie la llevó hasta la arena seca sin que la princesa se hubiese mojado ni un cabello, y se dispuso a depositarla en aquélla. Entonces, los bracitos de Kokki Onoka apretaron con más fuerza su cuello.

Se miraron a los ojos.

Kokki Onoka entreabrió los labios, y cerró los ojos.

Y Charlie Brook se inclinó a besar aquellos labios gordezuelos y tiernos...

CAPÍTULO VII

Regresó a la lancha, y cuando se estaba cambiando los pantalones mojados por otros secos, se dio cuenta de que Willy

O'Hara

tenía los ojos abiertos. Parecían dos bolitas de cristal, relucientes pero inexpresivos, perdida la mirada.

Charlie se arrodilló junto a la litera.

—Eh, Willy... Willy, ¿me oyes?

Hubo un parpadeo lento en el ojo izquierdo de Willy. El otro ojo estaba tan cerca de la litera que el párpado no pudo moverse.

—Hey, golfo —sonrió Charlie—, ¿cómo va eso?

Willy volvió a parpadear, lentamente.

—Muchacho, eres duro como el acero. Oye, recuerdos de Annabelle. Dice que te añora.

Le pareció que los labios de Willy se movían como queriendo conseguir una sonrisa.

—Bueno, hombre, bueno, tranquilo... Te voy a llevar a un sitio donde estarás mejor que aquí. No sé si puedes moverte, Willy, pero aunque así sea, no lo hagas. Tienes que seguir panza abajo..., lo que, según Annabelle, te gusta mucho. ¿Okay, Willy?

Willy no reaccionó... Y de pronto, Charlie pensó que quizá ni siquiera le estaba oyendo, sino que pensaba en cosas agradables, y por eso había intentado una sonrisa. Bueno, ¿y qué cosa más agradable que darse cuenta, aunque fuese nebulosamente, que uno continuaba con vida, después de todo?

—Hey, Willy, ¿me oyes? ¿Sabes quién soy?

—Char..., Char... lié... Char...

—Eso es. De modo que todo va bien. Descansa, golfo.

Dejó solo a Willy, salió a cubierta, y se puso a los mandos de la lancha. Tenía un buen rato de navegación hasta llegar a la linda casita de Pearl en Hialeah, junto al pequeño canal de la West 2nd Avenue. Pero, para hacer camino, todo es empezar, y más tarde Charlie Brook navegaba ya por aguas del Miami Canal. Detrás de él había quedado

ya el Miami International Airport. A su derecha, las luces de los numerosos coches que circulaban por Okeechobee Road. Abandonó el Miami Canal al llegar a la desviación de Red Road o 4th Avenue, y siguió navegando hacia el norte. Poco después giraba a la derecha, y luego a la izquierda, de nuevo hacia el norte. El canal, ahora más estrecho, continuaba un poco más arriba, y terminaba tras un nuevo giro a la derecha. Pero él no tenía que llegar hasta el final...

Iba mirando las casas frente a las cuáles pasaba. Todas ellas encantadoras, con su bonito jardín junto al canal. Había muchas lanchas en los embarcaderos privados.

Divisó, por fin, la casa de Pearl Diamond. Paró el motor, y gobernó la lancha hacia el vacío embarcadero, pues Pearl se resistía a comprarse una lancha; prefería el automóvil. La lancha de Charlie golpeó suavemente de proa y estribor en la protección del embarcadero y Charlie agarró el cabo de amarre y lo lanzó hacia el embarcadero...

—Charlie... ¡Charlie!

Reconoció inmediatamente la voz de Pearl, y miró sorprendido hacia la casa, aunque no había visto a la muchacha ni le parecía que la voz llegase de allí...

—¡Charlie!

Charlie se asomó rápidamente por la borda, y miró hacia las mansas aguas del canal. En la relativa oscuridad, tardó un segundo en distinguir a Pearl Diamond en el agua. Las luces de alrededor, atenuadas, se reflejaban en las córneas de la muchacha.

—Pearl... ¡Dame la mano!

Se inclinó cuanto pudo, y Pearl pudo llegar hasta su mano, a la que se agarró con las suyas. Charlie la subió fácilmente a cubierta, y la muchacha, sollozando, se abrazó fuertemente a él. Charlie también la abrazó, y, a través de la tela del vestido, percibió los continuos temblores en el cuerpo de la muchacha.

—Pero... ¿qué te ha ocurrido? ¿Qué hacías en el agua?

Ella no contestó. Pareció que lo intentase, pero Charlie sólo oyó el entrechocar de sus dientes. La alzó en brazos, y la llevó al interior de la lancha. Allí la depositó en el suelo, la tomó de los brazos, y comenzó a preguntar:

—¿Qué...?

Sólo esto. Charlie Brook no dijo nada más. Hubo una crispación en su boca, y en sus párpados. Pero sus ojos permanecían inmóviles, fijos en el rostro de Pearl Diamond: tenía una ceja partida, un ojo inflamado, y el labio inferior partido en dos sitios. Y ahora pudo percatarse Charlie de que las ropas de la muchacha estaban

desgarradas.

Pearl comenzó a llorar, silenciosamente, y entonces Charlie reaccionó. Acabó de arrancar las ropas de Pearl, dejándola completamente desnuda. Luego, con una manta, la envolvió, y la ayudó a sentarse en el borde, de la litera, frente a Willy, que de nuevo se había sumido en la inconsciencia. Los ojos de Pearl seguían cada movimiento de Charlie, pero la muchacha no decía nada. De todos modos, se iba tranquilizando, y sus dientes dejaron de sonar. Charlie recurrió al botiquín de la lancha, y procedió cuidadosamente a limpiar la herida de la ceja de la muchacha.

Por el canal, muy cerca de ellos pasó una lancha, en dirección sur.

Charlie colocó un apósito sobre la ceja de Pearl, pero decidió dejar los labios tal como estaban, tras limpiarlos. Por el ojo hinchado no se podía hacer nada, de momento. Apartó la manta, para mirar el cuerpo. No vio nada inquietante, ninguna señal, o corte, ni tan siquiera... Sí, un arañazo sobre el seno derecho. No, tres. Tres arañazos que casi llegaban hasta el pezón. Limpió también aquellas heridas, y colocó otro apósito en el pecho. Cerró de nuevo la manta, y fue hacia el pequeño frigorífico, en cuya puerta tenía siempre la botella de *whisky*, bien fresco. Y aunque, generalmente, además añadía cubitos de hielo, no lo hizo en esta ocasión. Vertió *whisky* en dos vasos, fue junto a Pearl, y le tendió uno.

La muchacha tomó el vaso, y bebió con cuidado, por un lado de la boca. Charlie se sentó junto a ella, y también bebió un trago.

—No hay prisa —murmuró—. Lo primero es que te repongas. No digas nada hasta que estés tranquila.

Ella sintió, y bebió otro sorbito. Seguía mirando a Charlie como asustada. Sí, estaba asustada..., pero más que nada por la calmada y sombría expresión en el rostro de Charlie Brook.

—Ya..., ya me encuentro... mejor.

—Bueno —él la miró—: Eso está bien, negra.

—Estoy..., estoy bien, Charlie.

—No sabes cuánto me alegro.

—Me..., me asaltaron tres hombres. Querían..., querían violarme.

Charlie la miró fijamente.

—Ah —dijo.

Dejó el vaso, salió del camarín, y desde cubierta saltó al embarcadero, donde amarró por fin la lancha. Luego fue hacia la casa, la rodeó, y vio el coche de Pearl ante la fachada, que daba a la West 2nd Avenue. Se dirigió hacia la puerta de la casa. La encontró abierta. La luz estaba encendida en el pequeño vestíbulo. Entró en el saloncito. Todo estaba en orden allí. Y también en los dos dormitorios.

Y en la cocina, que daba al jardincillo frente al canal... No, en la cocina, no. También aquella puerta estaba abierta, pero no era esto lo importante, lo interesante, sino el agujero que se veía en la madera. Charlie miró la parte exterior de la puerta, y vio la salida del agujero, muy astillada allí la madera.

Salió por aquella puerta, regresó a la lancha, y segundos después estaba de nuevo frente a Pearl, que le miraba todavía asustada.

—Pero no..., no lo consiguieron Negó dijo la bellísima Pearl, como si la conversación no se hubiera interrumpido.

—Me alegro por ti Negó asintió Charlie. —Es bien sabido que la violación produce un fuerte trauma en la mujer, generalmente. Porque una cosa es hacerlo por gusto y otra que sea con violación, ¿no estás de acuerdo, negra?

—Sí... Sí.

—Bueno. —Charlie volvió a sentarse junto a ella, y le sonrió amablemente—, ahora dime por qué me estás mintiendo; ¿quieres?

—O, yo no...

—Pearl, he visto la señal de un balazo en la puerta de la cocina. Y no me digas que no es una señal de un balazo porque en eso no me queda nada por aprender. Me queda mucho que aprender como pescador y como pintor, pero poco como investigador. Es la señal de un balazo. ¿Qué pasó?

—Pero ya te he dicho...

—¿De qué tienes miedo? ¿De mí?

—¡Oh, Charlie, no quiero que te pase nada, no quiero...!

—Nada va a pasarme a mí. Vamos, no seas niña. Es una tontería que pretendas engañarme. Quiero la verdad. ¿Sí, negra?

—Me hicieron..., me hicieron mucho daño... Charlie, eran tres, y se entretuvieron pegando, me pegaron, me pegaron...

—Eso ya lo sé. —Charlie parecía sereno, pero estaba lívido—. ¿Por qué te pegaron?

—Querían saber dónde estaban los diamantes.

—Los malditos diamantes... Pero no comprendo. ¿Porqué te los exigieron a ti? ¿Quiénes eran?

—Eran tres negros. Dijeron que me habían visto en el Rock Sea con la princesa Kokki, y que me habían seguido. Yo no me di cuenta hasta que abrí la puerta de casa. Entonces, ellos tres aparecieron, me empujaron dentro de la casa, me llevaron al salón, y me dijeron que querían los diamantes, y saber qué había hablado yo con la princesa. Les..., les dije que yo no tenía ningún diamante...

—Pero ¿les dijiste lo que habías hablado con Kokki?

—No. No, Charlie.

—¿Les dijiste, quizá, que los diamantes los tenía yo?

—No. No les dije nada.

—Y ellos, para obligarte, te estuvieron pegando.

—Sí, Charlie. Me estuvieron pegando mucho, pero..., pero se descuidaron un momento cuando creyeron que yo estaba sin sentido en el suelo, y los sorprendí. Salí..., salí corriendo del salón, y fui hacia la cocina, y salí de la casa por allí...

—Y te dispararon.

—Sí... Sí. Salieron corriendo detrás de mí, pero yo me..., me tiré al canal, y nadé por debajo del agua hasta la lancha de mis vecinos. Me escondí allí, junto a la lancha. Ellos estuvieron buscándome, pero cada vez que se acercaban yo me..., me sumergía...

—¿Cuánto hace de eso?

—No lo sé... Media hora, una hora... ¡No lo sé! No me atrevía a salir del, agua, ni a pedir ayuda, porque temía que estuviesen, por aquí buscándome todavía. Y entonces, vi tu lancha, y me acerqué.

Charlie asintió.

—De modo que te vieron en el Rock Sea, y te siguieron. Bueno, esos negros sólo pueden ser del séquito de Kokki, desde luego. ¿Uno de ellos tenía el cabello completamente blanco?

—No, no... Los tres eran jóvenes.

—¿Los viste en el hotel cuando estuviste allí en busca de Kokki?

—No. Pero ellos sí me..., me vieron a mí.

—Naturalmente. ¿Podrías identificarlos?

—¡Claro que sí! Y además, sé que uno de ellos se llama Nobeko... No, Keno...

—¿Nobeko?

—¡Sí! ¡Nobeko!

—Claro. Todo tiene sentido. Muy bien. ¿No les dijiste nada de mí, no mencionaste ni siquiera mi nombre?

—No, Charlie.

—Tú sí que estás loca —gruñó Charlie—. ¿No comprendes que estaban dispuestos a todo? ¿Por qué no les dijiste que no tenías los diamantes, que sólo eras una intermediaria, y que me buscasen a mí? ¡Te habrían dejado en paz!

—Pero te..., te habrían buscado a ti, y... y...

—Y me habrían encontrado. En cambio, ahora va a ser al revés: seré yo quien los busque a ellos.

—¡No, Charlie...!

Él se quedó mirándola, movió la cabeza como admirado, y acabó por sonreír.

—Será mejor que vayamos a la casa —dijo.

—¿A la casa? ¡No! ¡Pueden volver!

—No volverán. ¿Puedes caminar bien o prefieres que te lleve en brazos?

—Creo que podré caminar bien, pero, Charlie...

—No volverán, Pearl. Pero bien pensado...

Charlie se sumió en meditaciones, mientras Pearl lo contemplaba ansiosamente. Por fin, Charlie movió la cabeza con gesto de aprobación.

—De acuerdo, no vamos a ir a tu casa. Seguiremos los tres en la lancha, Pearl.

—Oh, sí, Charlie... ¡Podríamos estar unos días por ahí, pescando y pintando! Podríamos irnos a...

—Al pito, nos vamos a ir —gruñó Charlie.

—¿Por qué siempre mencionas el pito?

—Porque es una cosa que suena.

Pearl Diamond se desconcertó. Charlie refunfuñó algo, salió del camarín, y segundos después ponía de nuevo en marcha la lancha.

A medida que se iba acercando a Miami Beach, el plan se iba concretando en su mente. En ciertos momentos le pareció que no podía resultar, pero había que intentarlo todo. Sí, podía hacerlo, él entendía de aquellas cosas. Podía comprometer de tal modo a Nego Nobeko que cuando regresase a Tamgonia fuese detenido inmediatamente por los fieles al padre de Kokki, sin darle tiempo a intentar ni la revuelta ni nada de nada... Era casi lo mismo que eliminarlo.

Aunque, la verdad, la verdad, lo que a Charlie le habría gustado era cargarse a Nego Nobeko. Sí, de muy buena gana lo habría matado, pero, ciertamente, uno no puede ir por ahí matando a las personas que le desagradan...

* * *

Se volvió al oír la voz de Niklaus.

—¿Otra vez por aquí, Brook?

Lo miró de arriba abajo, estuvo a punto de decirle lo de señor Brook, pero desistió. No tenía ganas de perder el tiempo en tonterías. Así que tras la fría mirada a su ex colega, Charlie se encaró de nuevo con el conserje, apoyándose en el mostrador.

—Haga la llamada, por favor —pidió.

—¿Qué hace usted aquí? —insistió Niklaus.

—Escuche, sargento —lo miró de reojo Charlie—, ¿quiere ser tan amable de dejarme en paz? O eso, o si tiene algo contra mí en

concreto dígalo y deténgame. ¿Puede hacer esto?

—Se ha vuelto usted un cínico, Brook.

—En cambio usted fue siempre una mierda.

Niklaus enrojació brusca e intensamente. Miró al conserje, que había desviado la mirada hacia el teléfono y parecía no haber oído nada. El sargento tuvo que aspirar un par de veces profundamente antes de poder barbotar:

—Pagaré muy caro esto, Brook.

—Páseme la factura por el banco. Y ahora, váyase al pito, ¿quiere? Y usted, ¿me pone o no esa llamada?

—Pero, señor, no creo que la princesa reciba...

—¿La princesa? —graznó Niklaus—. ¿Qué tiene que hablar usted con la princesa Kokki?

—He venido a pedir su mano. Nos conocimos durante una cacería en el Congo, y al volver a vernos aquí, nuestro amor ha rebrotado como rebrotan los cabellos en su calabaza, sargento. ¿También va a impedirme que pida la mano de la mujer que amo?

—¡Escuche, Brook...!

—Hagamos una apuesta. —Le interrumpió Charlie—; si la princesa no quiere hablar conmigo, yo le insulto en público, y hasta la arreo un par de guantazos para que pueda darse el gusto de meterme entre rejas. Pero si ella acepta hablar conmigo, se va al demonio. ¿Qué le parece?

Jim Niklaus vaciló. Pero en su mente estaba tan lejana la posibilidad de que Kokki Onoka pudiese atender a un tipo como Charlie Brook, que asintió en silencio, miró al conserje, y señaló el teléfono. El conserje, aliviado de la responsabilidad de la llamada que seguramente iba a molestar a la princesa, utilizó el teléfono... Cuando colgó, estaba sorprendido, pero menos que Niklaus, que tras el pasmo miraba con desconfianza y expectación a Charlie, el cual dijo:

—Ahora, si yo fuese tan maleducado como usted le haría un corte de mangas tan enérgico que al subir el puño le acertaría en las narices. Pero como soy educado, le daré un consejo: ¿por qué no se va a dormir, sargento? Parece fatigado, después de darles tanto trabajo a sus meninges descubriendo interesantes y productivas pistas.

Se dirigió hacia el ascensor. Poco después, llamaba a la puerta de la *suite* de Kokki Onoka. Le abrió el negro «con nieve en la cabeza», que lo miró sonriente.

—Sea bien venido, señor Brook —murmuró.

—Gracias, señor Kato Atemo —sonrió Charlie—. Espero que no se molestase demasiado conmigo por el hecho de no esperar a sus amigos en la habitación de la señorita Bates.

—No —sonrió también Kato Atemo—. Es usted una persona digna de toda mi estimación. Me alegro de que en esa ocasión no hubiera oportunidad de enfrentarnos. Kokki me lo ha contado todo, y debo darle mis más sinceras gracias. Venga, por favor.

—Muy amable, Pero, en realidad, no he venido a hablar con Kokki, sino...

—Charlie —apareció la princesa, procedente del interior de la *suite*—. ¡Cuánto me alegro de verte!

Atemo sonrió. Charlie frunció el ceño, pero no tuvo más remedio que sonreír también cuando la muchacha corrió hacia él, se colgó de su cuello, y lo besó en los labios.

—Espero que si alguna vez te visito en Tamgonia me recibas así en público, princesa. ¡Seguro que me nombraban jefe de la policía del país!

—¡No es mala idea! —exclamó Kokki—. ¿Querrías serlo? Estaríamos siempre cerca, y...

—¡Ejem...! ¿Cuál es la habitación de Nego Nobeko?

—La 412, enfrente de esta *suite*. ¿Por qué?

—No tengo tiempo para explicártelo, porque Cara de Palangana va a aparecer de un momento a otro por este piso. Seguramente se pondrá a vigilar en el pasillo, incluso querrá entrar a ver si se entera de lo que tenemos que decirnos tú y yo... Dentro de cinco minutos lo hacéis entrar aquí, y lo retenéis sea como fuere durante tres minutos. ¿Lo has entendido?

—Claro. ¿Qué...?

Charlie besó la nariz de la princesa.

—Haced lo que os digo. Ya hablaremos.

Salió de la *suite*, tras mirar a derecha e izquierda. Cara de Palangana todavía no estaba por allí. Cruzó el amplio pasillo, y llamó a la puerta de la habitación 412, que se abrió a los pocos segundos. Un negro alto, robusto, de cabello muy rizado e inteligente mirada fijó ésta en su visitante, con cierta expectación. Llevaba puesto un elegante batín rojo.

—¿Señor Nobeko?

—¿Qué desea?

—Tengo unos cuantos diamantes que quizá le interesen. ¿Puedo pasar?

Nego Nobeko se apartó inmediatamente, y cerró la puerta en cuanto Charlie hubo entrado, sin dejar de mirarlo.

—¿Qué diamantes? —murmuró.

—He sabido que usted anda buscándolos. En realidad, debería partírla la cara por lo que usted hizo con mi amiga, pero he pensado

que quizá sea mejor negociar con usted.

Nobeko parpadeó, lentamente.

—Le escucho —murmuró.

—Mi intención era negociar con la princesa, pero me temo que sólo conseguiría complicarme la vida. He llegado a la conclusión de que quizá ella pagase mi precio, pero luego me denunciaría. Envié a mi amiga para iniciar las negociaciones..., pero ahora he cambiado de opinión. Prefiero negociar con usted.

—¿Tiene los diamantes? ¿Realmente?

—Sí.

—¿Cuál es su proposición?

—Mi amiga oyó el nombre de usted cuando la estaban apaleando, y eso me dio que pensar. Interpreto, dada su actitud, que usted no quiere los diamantes para devolvérselos a la princesa, ¿no es cierto?

—Quizá.

—Bueno, no me gusta andar con acertijos. Le diré que no quiero enemistarme con gente como usted, así que tengamos la fiesta en paz. Sé que puedo conseguir cien mil dólares si le devuelvo los diamantes a la princesa: ella, los ha ofrecido. ¿Tiene usted ciento cincuenta mil?

Nego Nobeko miraba intensamente a Charlie.

—Tengo ese dinero, pero no aquí.

—¿Dónde?

—Puedo entregarle un cheque de cierto banco suizo.

—Por mí está bien. Hace tiempo que tengo ganas de darme un paseo por Europa. Muy bien; yo le entrego los diamantes y usted me entrega el cheque. ¿De acuerdo? Y luego nos olvidamos mutuamente.

—¿Ha traído los diamantes?

—¿Tengo cara de idiota?

—No —sonrió secamente Nobeko—. ¿Y yo?

—Tampoco. Ya sé, ya sé; no hay cheque si no hay diamantes. Bueno, puedo traérselos ésta misma noche al hot...

—No. ¡Aquí no! Sería mejor, más discreto, que nos encontrásemos en otro sitio.

—Mmm... ¿Qué le parece mi lancha? La he dejado a poca distancia de aquí, en el embarcadero frente a Collins Park. Nadie nos vería ni nos molestaría en modo alguno en ella. Pero, un momento, señor Nobeko, no quiero sorpresas ni trucos, así que irá usted solo; esta vez. Olvídense de sus dos amigos. ¿Está claro?

—No se preocupe.

—El nombre de mi lancha es Pretty. Un viejo cascarón; la identificará enseguida. Pero lleve su cheque, Nobeko. No soy hombre de bromas con estas cosas:

—De acuerdo. ¿Está lejos Collins Park? No conozco muy bien Miami Beach.

—Apenas a un cuarto de milla, caminando Collins Avenue hacia abajo. Pero tenga cuidado, porque ese policía anda metiendo sus narices en todas partes. Lo mejor será que vaya usted a pie, asegurándose de que no le siguen. ¿Cuánto tardará?

—El tiempo de vestirme y tomar precauciones. Pongamos... veinte minutos.

—Nobeko. —Charlie lo apuntó con un dedo—, vaya solo. No me obligue a recordar que usted estuvo antes golpeando a mi amiga.

—Éste es un negocio para dos —sonrió Nobeko—; nadie más intervendrá, señor...

—Livingstone. —Charlie miró su reloj—. Creo que ya han pasado los cinco minutos, pero sería mejor que echase usted un vistazo al pasillo. Si no hay nadie, me largo, y dentro de veinte minutos, en mi lancha.

CAPÍTULO VIII

Lo tenía preparado todo. En cuanto comenzasen a hablar, se las arreglaría para poner en marcha la grabadora oculta, de modo que esperaba conseguir pruebas más que suficientes contra Nego Nobeko. Con esas pruebas, en Tamgonia sería acusado de alta traición al pueblo, y ya jamás nadie le seguiría en revuelta alguna, ni en nada. Iría a dar con sus huesos malditos en una cárcel del país. ¡Vete al pito, Nego Nobeko!

Claro que existían otras posibilidades, pero todas las cosas tenían su lógica. Si, como era de esperar, Nobeko se disponía a jugar sucio, los demás elementos de aquella partida también harían su jugada, y entonces...

La lancha se balanceó suavemente. Charlie miró a Willy, y luego hacia la puerta. Se asomó, mirando a cubierta.

—¿Es usted? —inquirió.

—Aquí estoy —oyó la voz de Nobeko.

Entró en el lugar destinado a vivienda. Al fondo vio el dormitorio, con Willy tendido en una de las literas. Volvió a mirar a Charlie, que le hizo señas.

—Venga, estaremos mejor ahí dentro.

Nobeko entró mirando a todos lados, aunque no había gran cosa que mirar. Vio la gran fotografía de Pearl Diamond, miró a Charlie, y sonrió.

—Siento lo que pasó con la muchacha —dijo.

—Ella se pondrá bien —encogió los hombros Charlie—; nadie muere por unos cuantos golpes. Y cuando sepa que gracias a eso, usted nos ha pagado ciento cincuenta mil dólares por los diamantes de la corona, lo olvidaré todo.

—¿Puedo verlos?

—Todavía no cree que los tenga, ¿eh? Pues tranquilícese, hombre, tranquilícese. En realidad, he debido pedirle más dinero... Esos diamantes van a ser una auténtica fortuna para usted.

—No será fácil venderlos.

—¿Venderlos? Bueno, puede que lo haga usted, y puede que no lo haga. Escuche, yo he sido policía, y conozco a los tipos como usted. ¿Sabe lo que pienso?

—¿Qué?

—Pienso que usted ya tenía preparado robar esos diamantes, con el fin de conseguir mucho dinero para organizar algún jaleo en su país. O bien, conseguir mucho prestigio al devolverlos al pueblo de Tamgonia... Digamos, el suficiente prestigio para que le siguiesen en su revuelta casi todos los personajes importantes del país... ¿Qué le parecen mis ideas, Nobeko?

—Son interesantes.

—Mucho. Sus propósitos son cortar las cabezas que no piensen como la de usted en Tamgonia, eliminar al rey y a su familia, y coronarse usted. ¿Verdad que sí?

—Señor Livingstone, quiero ver esos diamantes.

—Y yo quiero ver su cheque de ese banco suizo..., en el que sin duda tiene todo el dinero que durante tiempo ha estado robando en Tamgonia, Y que será más de ciento cincuenta mil dólares, ¿no es cierto?

—¿Tiene usted los diamantes, o no los tiene?

—Quiero ver su cheque firmado, Nobeko.

Nego Nobeko sacó el cheque de un bolsillo interior, y lo tendió a Charlie. Éste lo miró, asintió, y se guardó el cheque tranquilamente. Luego se acercó a la litera desocupada, alzó la colchoneta, y sacó de debajo una bolsa de piel conteniendo algo... Cuando se volvió hacia Nego Nobeko, vio la pistola con silenciador que éste empuñaba. Y vio la seca sonrisa del negro.

—Déme esos diamantes, señor Livingstone. ¡Ah!, y el cheque.

—Es usted un puerco.

—No más que usted. ¿Cree que no he comprendido la jugada? Kokki debió enterarse de mis planes, no sé cómo, y utilizando a ese viejo zorro de Kato planeó ella la... desaparición de los diamantes, para impedirme a mí realizar mis planes. Pero no debieron tratar con gente como usted para llevar a cabo el robo. No se puede confiar en gente como usted, señor Livingstone, y la prueba la tenemos en que ha traicionado a Kokki y ha querido venderme los diamantes a mí...

—¿Qué diamantes? —sonrió Charlie.

Nego apretó los labios.

—¿No están en la bolsa?

—Claro que no —rió Charlie.

—¡Tráigala aquí!

—Dé acuerdo. Y tendrá que disculparse por esto, Nobeko. Ya me

temía algo así, y por eso...

Charlie lanzó un escalofriante patadón hacia el bajo vientre de Nobeko, mientras con un golpe de bolsa, desviaba la pistola. El negro lanzó un berrido, saltó soltando la pistola, y cayó de rodillas. Charlie apartó la pistola de un puntapié, asió a Nobeko por los rizados y fuertes cabellos, y le hizo alzar rudamente la cabeza.

—Te duelen los cojones, ¿eh? ¡Pues espera y verás, apalizador de mujeres!

Una rodilla de Charlie impactó en la cara de Nego Nobeko, que emitió un sordo mugido y pareció a punto de desplomarse. Pero la fuerte mano de Charlie lo mantuvo erguido, arrodillado.

—Nada de desmayarse ahora, amiguito —jadeó Charlie—. ¡El que la hace, la paga!

Sobre la ya sangrante nariz del negro aplicó otro rodillazo escalofriante. Luego lo puso en pie, lo colocó de espaldas contra el casco de la lancha, y le clavó rabiosamente el puño en el estómago.

—¡Toma diamantes! —Gruñó—. ¡De mil quilates, puerco! ¡Toma otro diamante! ¡Y otro, y otro...!

Los ojos de Nego Nobeko habían girado hacia dentro, y su boca y nariz echaban sangre como en un chorro. La mueca de su rostro hizo comprender a Charlie que quizá estaba llevando demasiado lejos su venganza personal con aquellos espantosos golpes al rostro y al estómago. Soltó a Nobeko, y éste se desplomó como muerto..., pero, quizá por el nuevo golpe, reaccionó. Sus ojos, como desenfocados, miraron hacia el bajo techo del camarín...

—No se mueva, señor Livingstone.

Charlie quedó inmóvil. Oyó los pasos tras él. Recibió un empujón, y fue a parar al rincón de proa, donde se volvió. Bueno, ¿a qué sorprenderse? Allá estaban los otros dos negros, los amigos de Nego Nobeko, igualmente pistola en mano, apuntándole. Muy bien, si ellos estaban allí significaba que las demás piezas del juego seguirían cumpliendo su cometido, así que...

—Ahí está la bolsa con los diamantes —dijo uno de los negros—. Recógela, Undo. Y quítale el cheque a Nego.

El llamado Undo recogió la bolsa, y luego se arrodilló junto a Nego, que se quedó mirándolo mortecinamente. Lo registró, y se volvió a mirar a su compañero.

—No tiene el cheque, Ekoto.

—¿Cómo que no? Quedamos en que vendría aquí con todo en orden, por si las cosas se ponían mal. Por eso mismo nos dijo que viniéramos tras él... ¿Lo tiene usted? —Miró de pronto Ekoto a Charlie—. ¿Ya se lo había entregado?

—Sí.

—Déselo a mi compañero.

Charlie se pasó la lengua por los labios, y llevó la mano al bolsillo, mientras hacía lo posible por no mirar la pistola de Nego Nobeko, caída bajo la litera donde yacía Willy. Era una locura intentarlo, pero si las demás piezas del juego no intervenían...

En el momento en que sacaba el cheque, se oyó el gemido de Nego Nobeko, cuya mirada se aclaró un poco. Vio a su compañero junto a él, y comenzó a incorporarse, diciendo:

—Undo, ayúd...

Plop, plop, plop, disparó Ekoto. A cada disparo, Nego Nobeko se estremeció, mientras en su pecho estallaban las flores de sangre y en su rostro aparecían horribles convulsiones de feroz agonía, de rabiosa agonía, de una furia bestial, estremecedora...

Plop.

El último disparo, que abatió completamente a Nego Nobeko, sonó cuando Charlie Brook, cuya mente había quedado en blanco un instante debido al horror del brutal asesinato, reaccionaba, comprendiendo la realidad de la situación: un traidor sólo puede esperar traiciones. Y eso le había ocurrido a Nego Nobeko: sus «amigos», ahora que tenían el cheque y creían tener los diamantes, prescindían de él. Era mejor quedárselo todo y dejarse de tonterías de revueltas, era mucho mejor darse la gran vida con el dinero del cheque y los diamantes...

Pero esta comprensión de Charlie fue solo como un pensamiento velocísimo que apenas ocupó su mente una fracción de segundo, pues enseguida llegó otro pensamiento más digno de atención inmediata: sobrevivir.

Y todavía pensando esto, y todavía desplomándose Nobeko, Charlie Brook se tiró de rodillas junto a la pistola de Nego Nobeko, la asió, rodó hacia la otra litera en el reducido espacio, y disparó.

La bala acertó de lleno en la frente a Undo cuando éste, sobresaltado, se ponía en pie dispuesto a sacar de nuevo su pistola, que había guardado para registrar a Nobeko. Fue un balazo mortal, y Undo saltó hacia atrás, en dirección a Ekoto, en el momento en que éste disparaba de nuevo, ahora contra Charlie. La bala la recibió Undo en la espalda, y lo derribó de bruces, mientras Charlie, a su vez, disparaba de nuevo.

La mano derecha de Ekoto reventó en un surtidor de sangre, y la pistola, con dos dedos aplastados contra ella por el balazo, saltó por el aire. Ekoto lanzó un aullido, dio la vuelta, y salió corriendo del «dormitorio»...

Pareció tropezar con algo, gritó de nuevo, se volvió, y regresó al dormitorio, dando traspiés, con los ojos vueltos hacia dentro, y las manos, una destrozada y sangrante, en torno al mango del cuchillo qué se había hundido en su pecho. Charlie le miraba con los ojos muy abiertos, y le siguió en su trayectoria de caída de bruces, de modo que aún se hundió más el cuchillo en el pecho...

—Espero haber llegado a tiempo, señor Brook... ¿Está bien?

La mirada de Charlie fue hacia la puerta, donde acababa de aparecer Kato Atemo, con otro cuchillo en la mano. Sí, era talmente como si la cabeza del viejo negro estuviese nevada.

—Estoy bien —murmuró Charlie.

—Me alegro mucho. Kokki nunca me habría perdonado que no hubiese sido lo suficiente oportuno para ayudarlo.

—Kokki, ¿eh? ¿Y yo?

—Bueno —sonrió el viejo negro—, si usted hubiese muerto no habría podido dedicarse a hacerme reproches. ¿Verdad?

Charlie soltó un gruñido, y se sentó en el borde de la litera vacía. Kato Atemo examinó a los tres negros, sin prisas, serenamente. Cuando volvió a mirar a Charlie, sus ojos relucían.

—Nos hemos librado de ellos, de una revuelta, de más traiciones..., posiblemente hemos evitado miles de muertes en mi país..., pero ahora estamos en un lío, ¿no es así, señor Brook?

—Había grabado una cinta con algunas palabras de Nobeko que le comprometían —dijo Charlie—, pero ya no serán necesarias. ¿Lío? ¿Qué lío?

—Tiene usted tres cadáveres en su lancha.

—Si algo me gusta del mar, señor Atemo, es su discreción. No sé si me entiende. Es discreto y paciente; le echen lo que le echen, se queda con ello, y nunca dice nada.

—Se lo iba a proponer —sonrió Atemo—, pero no sabía cómo lo tomaría usted.

—Pues lo tomo muy bien. Yo no tengo más que lastrar a estos tres sujetos, navegar mar adentro, y tirarlos por la borda. Jamás volverán a la superficie. Pero... ¿qué dirá usted cuando les pregunten por Nobeko y los otros dos?

—Diremos que Nobeko era un traidor, y que junto con otros dos traidores, Undo y Ekoto, han sido los que han organizado el robo de los diamantes y se han escapado con ellos... a Cuba, por ejemplo. O con rumbo desconocido. ¿Qué le parece la idea?

—Se la iba a proponer —sonrió Charlie—. Saludos a Kokki. Quiero decir, a su Alteza.

Atemo captó la irónica sonrisa de Charlie, y sonrió a su vez.

—¿Sabe, señor Brook? No es frecuente encontrar personas como usted en este cochino mundo.

—¡Qué va usted a contarme...!

* * *

—Pero... ¡qué me cuenta! —exclamó finalmente el doctor Ellison.

—Lo que oye —sonrió Charlie.

—Pero... ¡Demonios!

—Eso digo yo.

—No, no —intervino Pearl—, tú no dices demonios, tú dices ¡pitos!

—Bueno, pues pitos —asintió Charlie.

Ellison tenía dificultades en salir de su sorpresa. Por fin, movió la cabeza, y señaló a Willy, que ahora dormía profunda y apaciblemente.

—Se pondrá bien, y querrá saber la verdad.

—Le diré que él llegó aquí sin diamantes, si me pregunta por ellos. Y que yo no sé nada de nada.

—¡Que no sabe nada de nada...! Estuve todo el día de ayer intentando localizarle, pero no hubo modo de encontrar su lancha. Ya sé, ya sé ahora que estuvo... ocupado, pero claro, yo buscaba a Willy para seguir curándole. ¡Menudo pellejo tiene este Willy!

—Pues si usted supiera de sus habilidades sexuales... Tiene loca a la puta Annabelle, no le digo más.

—Charlie, es usted... pintoresco, de verdad.

—¿Pintoresco?

—Bueno, muy especial.

—Es posible. Pero como usted ve, su silencio no ha perjudicado a nadie, doc. Y espero que siga guardando silencio. Si he confiado en usted contándoselo todo ha sido como agradecimiento a su actitud. Nadie, ni el propio Willy, sabrá que usted le curó al principio. Y yo espero que nadie sepa nada de todo esto.

—Cuenta con ello. —Ellison movió la cabeza, y, de pronto, soltó una carcajada—. ¡Y pensar que el sargento Niklaus está organizando la persecución de esos tres negros desde primeras horas de la mañana!

—No se puede esperar más de Cara de Palangana; se está cubriendo de gloria. Y digo gloria porque no quiero pronunciar palabras malolientes delante de Pearl. Y a propósito: ¿qué me dice de la cara de Pearl?

—Preciosa.

—Me refiero a los golpes.

—Dentro de una semana no se notará nada. Charlie, ¿se da cuenta de que ha evitado una revuelta en Tamgonia, de que...?

—Bueno, todos hemos hecho lo que hemos podido, ¿no? Para eso estamos las personas honradas, digo yo. —No sé si he sido muy honrado. Mi obligación cuando me llaman para atender una herida de bala...

—¡Y dale! Mire, una persona honrada no es aquella que hace siempre lo que se supone que debe hacer, sino aquella que hace lo mejor para sus semejantes, en cada circunstancia. No sé si me explico.

—Sí —murmuró Ellison—, ya lo creo que se explica. Bien, tengo mucho trabajo esta mañana... ¿Qué piensa hacer ahora?

—Pues iremos a casa de Pearl a dejar allá por fin a Willy, y luego ella y yo nos iremos a navegar un poco por ahí, a pescar, tomar el sol...

ESTE ES EL FINAL

La lancha se mecía suavemente en alta mar, a merced del suave oleaje. Lucía un sol espléndido. Pearl Diamond, completamente desnuda, tomaba el sol en la pequeña cubierta de popa de la lancha. Alzó la cabeza al oír a Charlie regresando del interior.

—Bueno, aquí está todo: champán con hielo.

Pearl se sentó, con deliciosa oscilación de sus hermosísimos senos. Charlie, tan desnudo como ella, se sentó a su lado, y señaló la cubierta y las copas.

—Pon unos cubitos en las copas, ¿quieres?

—Pero, Charlie, ¡cubitos en el champán...!

—Haz lo que te digo, negra.

—Sí, Charlie.

Pearl obedeció. Luego Charlie echó champán en las dos copas, y alzó la suya.

—Al rico y fresco champán. Negra, no sabes el privilegio que estás teniendo. Tienes en la mano una copa que podría valer tres millones de dólares.

—¡Qué cosas tienes, Char...!

Pearl calló de pronto, y miró la copa. Dentro de ésta, el cubito mostraba una tonalidad, una irisación al sol, verdaderamente sorprendente. Tenía miles de destellos. Sacó el grueso cubito de hielo, y se quedó mirándolo en la palma de su mano, donde destacaba bellamente.

—¡Charlie! ¡El «África Negra»!

—Sólo una copia. —Charlie metió la mano en la cubitera, y sacó un puñado de cubitos de hielo—. Si quieres más diamantes..., digo más hielo...

—¡Están aquí! ¡Los has tenido todo el tiempo metidos en el congelador, como si fuesen cubitos de hielo!

—Me pareció que era un buen sitio.

—¡Lástima que sean falsos!

—¿Qué haríamos con tanto dinero? Incluso el cheque de ciento

cincuenta mil dólares se lo di a Kokki para su país... Pero no me negarás que es todo un lujo tener un duplicado de los diamantes de la corona de Tamgonia... ¡Tenemos los cubitos de hielo más hermosos del mundo!

—Charlie...

—Pero no le digas nunca a Kokki que no los hemos tirado al mar. Se enfadaría. Y a mí me chincan un horror las mujeres que se enfadan. Las mujeres han de ser dulces, cariñosas, tiernas...

—¿Como Kokki? —susurró Pearl.

—Pues... Sí, la verdad es que ella intentó que la hiciera feliz la otra noche, en la playa, cuando la desembarqué en brazos, pero no quise hacerlo. Le di un besito y la despedí.

—¡No puedo creer eso! ¡Ella es muy hermosa, y tú..., tú no eres frígido, precisamente!

—Pues te aseguro que rechacé a Kokki.

—¿Por qué?

—Porque es negra. Bien, como íbamos diciendo cuando llegó el golfo de Willy a interrumpirnos el otro día: durante unas semanas, hemos sido amantes, y he pensado que ya está bien. No soy puritano, pero ya está bien. Tampoco soy machista, de modo que si después decides seguir trabajando de modelo fotográfica, por mí está bien. Lo que importa...

—Charlie, ¿de qué estás hablando?

—No me gusta andar persiguiéndote de un lado a otro, así que he pensado que nos casemos. Saldrá bien, negra.

Los ojos de Pearl estaban abiertos como nunca en su vida.

—¿Casarte... conmigo? —tartamudeó—. ¡Pero si acabas de decirme que rechazaste a una princesa porque era negra!

—En efecto. Palabra de honor.

—Pero, Charlie..., ¡yo también soy negra!

—Bueno —asintió plácidamente Charlie Brook—, pero tú eres mi negra, y ella era sólo una princesa cualquiera. Bueno, acabemos el champán, amémonos locamente, luego nos dormimos un ratito, después te pinto teniendo como fondo el mar... ¿Te gusta el programa?

—Charlie... ¡Oh, Charlie!

—¡Oh, pitos! —Gruñó Charlie—. ¿Te gusta o no?

—¡Sí, Charlie!

Charlie Brook sonrió, y guiñó un ojo.

—Pues date prisa con el champán, que luego viene lo otro, negra.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales, etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América

hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...

Table of Contents

Disparos en el parque

Capítulo primero

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Este es el final

Autor